

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 9 DE ENERO DE 1896

NÚM. 268

FANTASÍAS FEMENINAS



Sin máscara.

15 CÉNTIMOS



Vio el primer día del año nuevo y la niebla que hacía días cubía á Madrid, se disipó ni más ni menos que se levantan los telones de gasa azulada que en los melodramas sirve para dar vaguedad á las madres, en que el traidor comete la fechoría que sirve de base á la obra.

Los optimistas consideraron de buen agüero esta fuga de la niebla hacia la sierra, y dedujeron que el año que acabamos de estrenar va á ser cosa rica y en nada parecido á su antecesor, que mal rayo parta; pero tengo para mí—frase rigurosamente parlamentaria—que 1896 será ni más ni menos que los pasados y los venideros.

Por de pronto andamos por acá muy preocupados, porque se nos ha cerrado el teatro Real, por apuros pecuniarios de la empresa, y nadie sabe si caerá sobre nosotros la inmensa pesadumbre de no tener aquel teatro abierto.

—La empresa ha encontrado al fin un *caballo blanco*.

—El ministro de Fomento dará una subvención al empresario.

—No; lo que hay de cierto es que el Estado se encargará por su cuenta de seguir el negocio.

Estas son las diversas opiniones que acerca de aquel conflicto se emiten hoy, conviniendo la mayoría en que Madrid no puede vivir sin el teatro Real.

Yo no soy Madrid, claro está, pero aquí vivo y algo me toca de lo que á Madrid interese. Pues bien: declaro solemnemente que creo poder seguir viviendo muy bien aunque el Real permanezca cerrado. Serán pues otros los que sentirán esa necesidad, y en su mano ó en su bolsillo está el satisfacerla. En Barcelona funciona todos los inviernos un teatro de ópera, el Liceo, con tan buen cartel como el del Real y no sé que viva de ayuda del Estado ni de nadie. No veo con qué derecho ha de pedir el Real un auxilio, sin el cual hace sus temporadas el Liceo de Barcelona, ni por cuáles razones se justificaría ese auxilio que todos los contribuyentes habrían de prestar para que se distribuyese entre tiples, tenores y demás gente cantante que se lo lleva fuera de España.

Si en el teatro Real cantasen artistas españoles, óperas de maestros españoles y todo quedase así entre nosotros, yo vería con gusto que el Estado hiciese un sacrificio, que al fin sobre españoles iría á caer, pero mientras la música sea extranjera y extranjeros los artistas, seguiré opinando que cada cual se pague la diversión á la satisfacción de su vanidad, sin obligar para ello á los que nada tenemos

que ver en un *conflicto* que no nos ha conmovido en lo más mínimo.

Porque ese conflicto ha sido tan gordo para el teatro Martín, que ha sucumbido á él y se ha cerrado *como un solo hombre*, y, sin embargo, nadie se ha preocupado del *krach* de esta empresa.

La clausura de Martín ha dejado en libertad á Loreto Prado, que se ha apresurado á volver á su nido de Romea, que abandonó á mi juicio indebidamente.

Para los barceloneses que no conozcan el teatro Romea de Madrid y á Loreto Prado, y no se expliquen, por tanto, el fanatismo que esta actriz provoca en su público, diré que Romea es un teatrillo en el estilo y tamaño de la sala *Eden Concert*, y que Loreto Prado es una tiple casi sin voz, menudita de cuerpo, viva, de dicción clara y acentuada, de ojos picarescos, que interpreta con gracioso desgaire los tipos populares madrileños y subraya con salero la intención de un *couplet* picante. Pero todo esto á condición de ser oída, cosa imposible en teatro de mayores dimensiones que el de Romea.

Y... basta por hoy de cómicos y de teatros, que no faltará ocasión de que vengan de nuevo á la pluma.

Pero fuera del teatro que es reflejo de la vida, apenas hay nada en la vida, que es también otro teatro á veces mucho más divertido.

La cuestión del Ayuntamiento llenaba hace quince días las planas de los periódicos y las conversaciones de todos los círculos. ¿Qué ha pasado para que hoy apenas nos ocupemos de ello? ¿ha ido alguien á presidio? ¿han resultado inocentes como unos corderos todos aquellos señores? ¿por qué no llama ya la atención cuando entra en un teatro el marqués de Cabriñana?

Yo no lo sé ni encuentro explicación satisfactoria de estos cambios de la opinión, para la cual envejece un escándalo y pierde interés en ocho días. Aunque bien mirado pudiera estar la razón de este aflojamiento en la cuenta que ha hecho el *Heraldo* acerca del camino que el proceso ha de llevar hasta que se vea y sentencie.

Contando trámite por trámite y no dando intervención á las tramas y zancadillas de los leguleyos, cosa inverosímil en España, la causa de los conceja-

les podrá sentenciarse para fines de verano, época en la cual nadie se acuerda ya de lo pasado. Entre tanto el Gobierno nombrará un Ayuntamiento de notables ó de lo que sea, el cual, como si lo viera, estará desacreditado dentro de dos meses, porque no está tanto el mal de los concejales como en el sistema municipal, que es el que me parece que debiera procesarse y condenarse de una vez.

Pero ello es que se agotó el tema de la cuestión

municipal, que nadie habla de ello, y que el único á quien ha venido Dios á ver es al propio marqués de Cabriñana que se pasa la vida de juzgado en juzgado declarando y acusando en los varios procesos que ha incoado, los cuales por la cuenta del *Heraldo* citada más arriba, se fallarán probablemente cuando el hoy jóven marqués de Cabriñana sea un venerable anciano.

FEDERICO URRECHA.

LAS MALAS LENGUAS

¿Le parece á *ustez* señora la *condusta* de *Ugènia* que va hablando de mi hija en toas partes indecencias y diciendo que Alifonso el chico de la Nemesia entra en casa, y que yo hago de vista Aduanas? ¡*cuasquiera* se enciende oyendo estas cosas que tocan á la decencia! Pero mi hija á Dios las gracias *denace* que está *de soltera* conserva el honor *encólume* y *naide* pué decir de ella *tanto así*, porque á decente no la echa la pata ni loa. Y no es lo peor que hab'en esas cosas, malas lenguas, sino que la probe está

del disgusto mu enferma, y lleva un mes en el catre, lo que oye *ustez* *señá* Andrea.
—Será alguna *enritación* *desinificante*

—Quiera

Dios que acierte.

—Adios Pascasia,

—Adios *señá* doña Andrea.

—Doña Andrea ¿está ya bien la chica?

—Sí ya está buena.

—¿Y qué fué aquello

—*Pus ná*

una criatura que pesa doce k los.... ¡*pá* que rabien las que *mormuraban* de ella!

JOSÉ DOZ DE LA ROSA.

UN GENIO DESCONOCIDO

¿Se acuerdan ustedes del acto segundo de *Los sobrinos del capitán Grant*?

El doctor Mirabel se ha metido en el *Escocia*, en vez de embarcarse en el *Irlanda*; ha trabucado las islas británicas, como dice él, y al enterarse de su torpeza, se desmaya; acuden los demás pasajeros del buque; unos ex-vecinos suyos (del doctor, no del barco), le reconocen y al oír pronunciar su nombre sir Cleyron exclama:

—¡Ah! ¡El doctor Mirabel! ¡Un sabio eminente!

Lo cual arranca á la supuesta sobrina del capitán Grant esta otra exclamación:

—¡Conque era un sabio y no lo sabíamos!

Y entonces dice filosóficamente el no menos supuesto sobrino del susodicho capitán.

—Eso nos pasa siempre á los españoles.

Es una verdad como un templo.

En nuestra hermosa patria abundan los genios desconocidos, ignorados, que acaso llevarán á la tumba la amargura de que su generación no les haya hecho justicia.

Yo siempre que veo pasar por mi lado un individuo cabizbajo y melancólico, mal trajeado y con señales evidentes de no haberse lavado la cara ni haber metido el peine en la cabellera durante un lustro, digo para mis adentros, por no decirlo para mis afueras:

—¡Ese debe ser un genio ignorado!

Y siento comezón de ir en pós de él, de ponerme á su lado, de brindarle el humilde apoyo de mi humildísima pluma, para sacarle de la obscuridad en que sin duda injustamente yace sumido.

Pero por desgracia abundan tanto los individuos caracterizados por las señales susodichas, que reconozco la tarea como superior á mis fuerzas; renuncio á ella de mal grado... y abandono á aquellos á su desdichada suerte y á su innata suciedad.

Sin embargo, hoy quiero hacer una escepción, realizar un esfuerzo en pró de una de las víctimas de nuestra ignorancia, de nuestra malevolencia ó de ambas cosas á la vez; hoy quiero llamar la pública atención hacia un escritor notable, notabilísimo, que deja tamañitos á Pereda, Pérez Galdós y demás maestros de la novela contemporánea.

Un dichoso azar quiso que, noches pasadas, me encontrase sin cerillas con que encender el cigarro y me dirigiese á comprarlas á un kiosco de la Rambla.

Allí mis ojos se fijaron en un cuaderno que llevaba este sugestivo título:

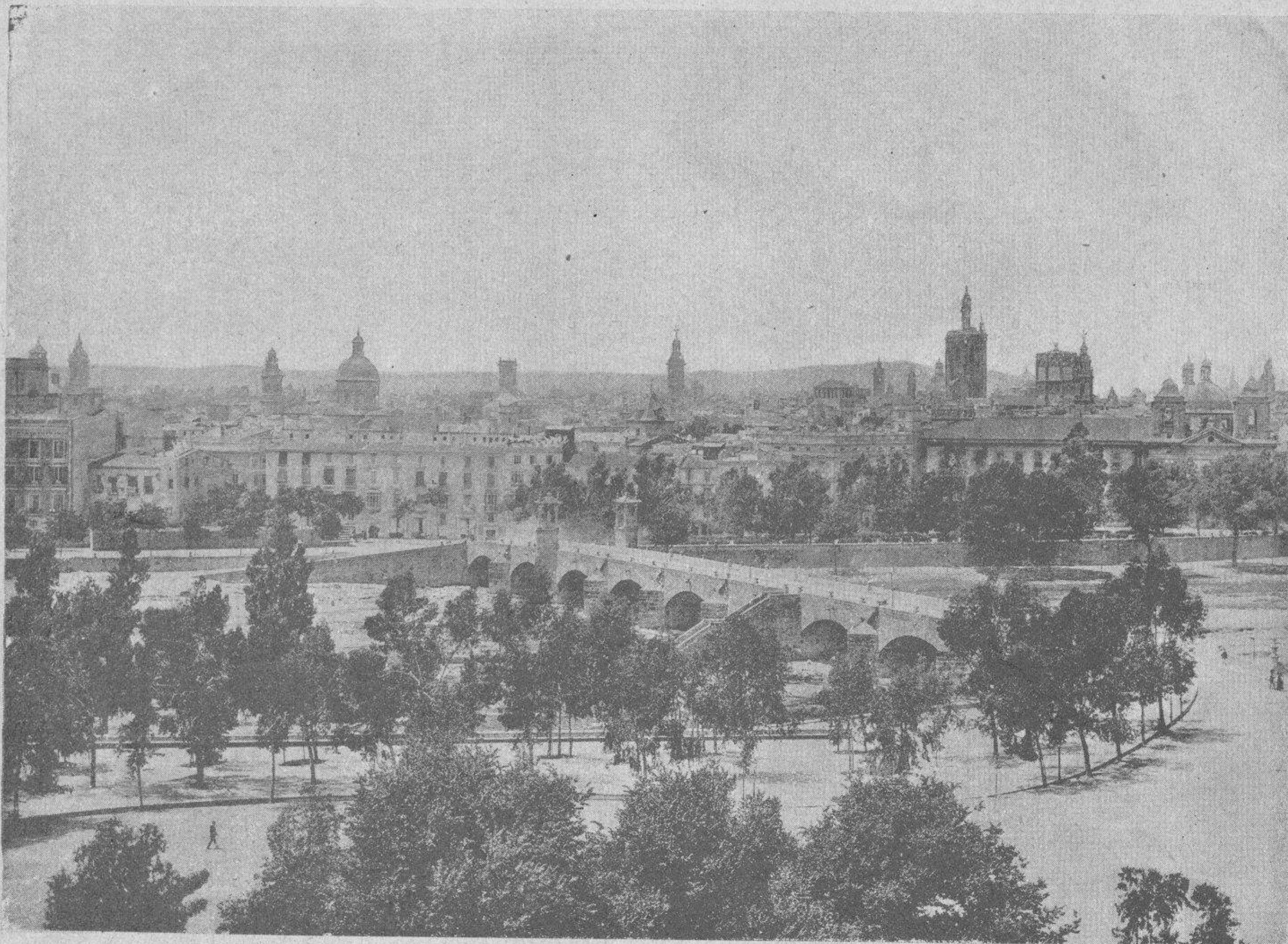
«AMOR Y CONQUISTA»

Como si dijéramos, miel sobre hojuelas.

La cubierta ostentaba el retrato del autor y en la frente espaciosa de éste, en sus rayados y melancólicos ojos, en todos los detalles de aquella fisonomía, brillaban de tal manera la inteligencia, el genio... que no pude menos de adquirir el cuaderno en cuestión y á fé que no me pesa.

Amor y conquista, es la primera de una serie de novelas que se propone dar á luz sin dolores ni cosa que lo valga, la desconocida eminencia literaria á quien me refiero, D Federico de Lopez Verdaguer, cuyo nombre no tardarán en popularizar todas las

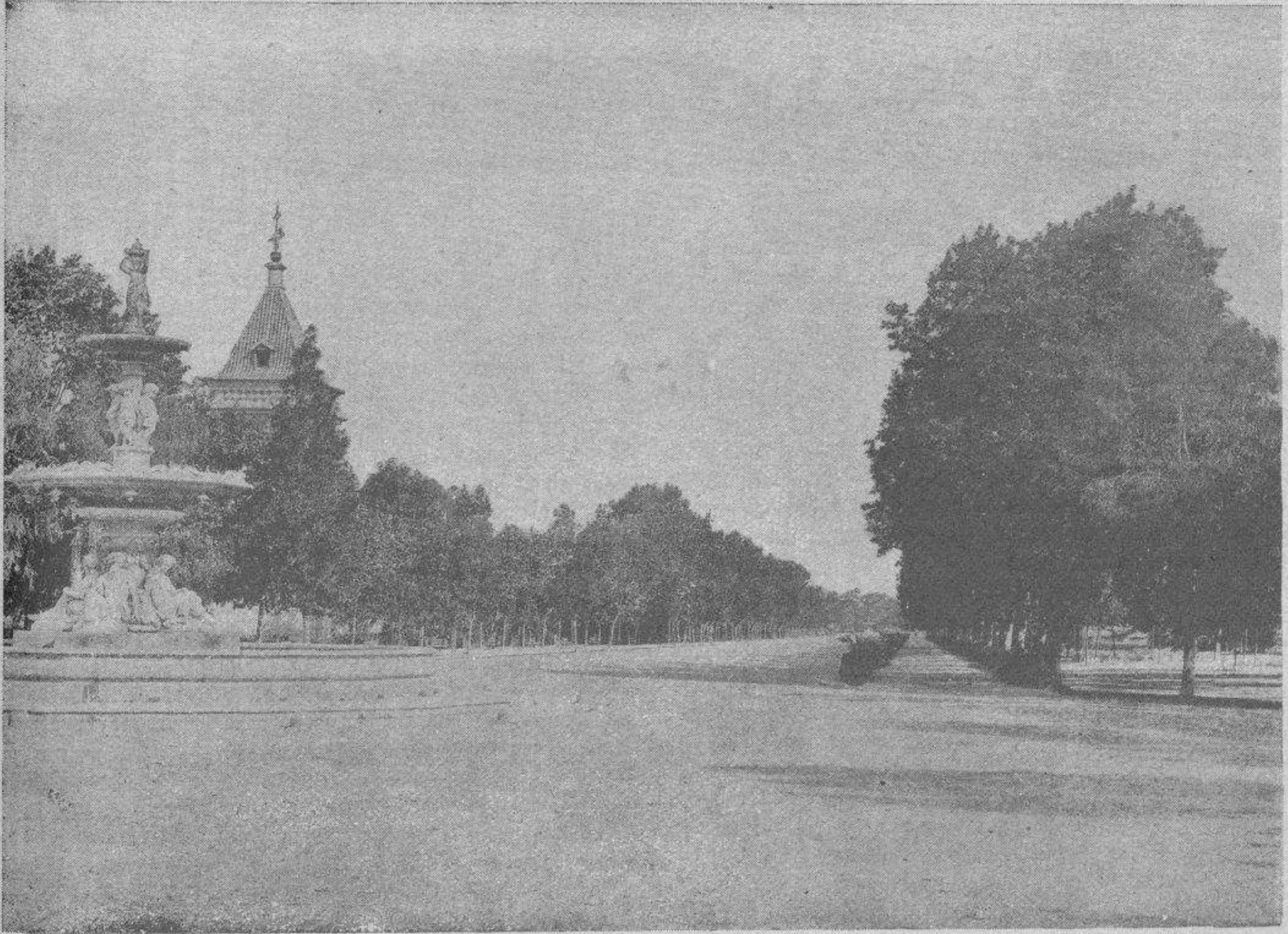
VIAJE POR ESPAÑA — VALENCIA



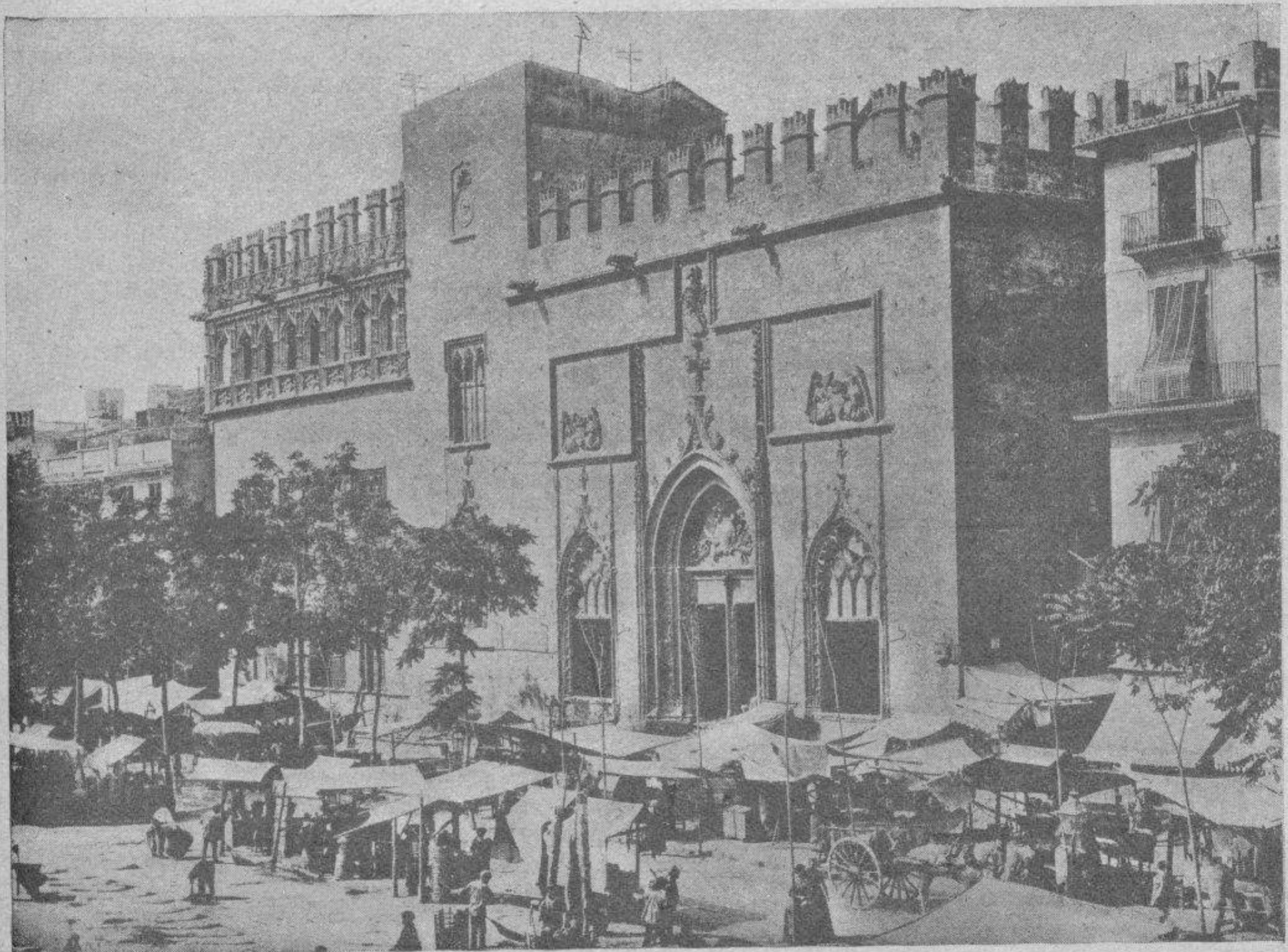
Vista general.

Fot. Hauser y Menet.

VIAJE POR ESPAÑA — VALENCIA



La Alameda.



Fot. Hauser y Menet.

La Lonja.

trompetas de la Fama, y algunos tambores, pues seguramente con las trompetas no habrá bastante.

La mencionada serie de novelas llevará el título general de *Noches de invierno* y hé aquí lo que, explicando su idea dice el autor:

«Tal es el título con que daré á la estampa, si el público acepta con beneplácito, una serie de novelas cortas, para solaz y recreo en las noches de invierno, que por virtud de la inclemencia del tiempo, las gentes están resguardadas del frío en los salones ó pasan la vida mestidos en casa, que sin distraerse en las dilatadas y tristes noches de la estación presente, se hacen aún más pesadas.»

¿A que el lector ha comenzado ya á sentir frío y tristeza pensando en esa casa que no se distrae en las dilatadas y tristes noches de la presente estación?

Pues allá vá otra filigrana, que encierra además un precioso descubrimiento:

«Todo, se puede decir, el bontinente europeo pasa forzosamente por la etapa de los fríos é *hielos*, dejando huella en la existencia de los seres vivientes.

De donde se deduce que los demás continentes no deben pasar por la susodicha etapa de fríos é *hielos*, cosa que hasta la fecha no habían sospechado los sabios.

Pero dejémonos de prólogos y vamos á la novela.

La protagonista de ésta es Dorotea, guapa, morena «de esbelto talle y más agraciados donaires, revelando el conjunto una naturaleza cabal y á propósito para resistir la influencia de un marido»... En Enero, el mes de los gatos, Dorotea se enamoró de Alfredo «con el enamoramiento del primer amor que se manifiesta espontáneo, puro, sincero, feliz y hasta indiscreto». Como si dijéramos de un amor que corrobora, chupa, aprieta y ayuda á la digestión.

Pero ¡ay! ó más bien ¡hay! como escribe López Verdager, «Alfredo tenía un carácter ardiente rayano á la brutalidad, aunque su corazón se hallaba místico y faltábale el néctar de los buenos sentimientos, poco le costaba decir á una mujer, yo te amo.»

Y no sólo se lo dijo á Dorotea, sino que un día la metió en un portal y la arrimó una tanda de besos como para ella sola. Y otro día hablando con ella por el ventanillo, sostuvo el siguiente hermosísimo diálogo:

—«Dueña del alma, luz y espejo de mis ojos, dí, tus padres se han metido en la cama?

—»Sí.

—»Pues ábreme y estarás á mi lado.

—»¡Hay!...

—»¿Suspiras?

—»No puedo.

—»¿Por qué?

—No quiero.»

Pero al fin quiso y «Después de poco estaban en contacto Dorotea y Alfredo, quien se echó sobre su presa como la arrogancia del león.»

Luego de varias peripecias, Dorotea se escapó con Alfredo. La escena de la fuga está también maravillosamente escrita.

Ella participa á su amante en una carta que está dispuesta á seguirle y que le esperará en el paseo de los Alamos.

«Aquel mismo día pasó Alfredo por delante de su prometida y ésta tiró el mentado escrito.

«Se retiraron á los efectos procedentes.»

Se ven luego ambos en el paseo de los Alamos y «Loco de alegría Alfredo se apresuró á abrazarla, contestándola de esta suerte:

—«Consuelo de mis pesares, soy feliz, ven conmigo, nada faltará á tu recreo.

«Y se marcharon hacia una fonda, pasando aquella noche entre los placeres y encantos propios de la juventud.» ¡Qué concisión! ¡Qué naturalismo de buen género! ¡Cuánta belleza! Prosigamos.

Llegó un momento en que «el exterior de Dorotea denotaba el embarazo; «y entonces» Alfredo se marchó á la América, donde hallan manto encubridor los delitos y crímenes, cuales repúblicas de allá, las componen generalmente individuos, feroces enemigos de Europa que les dió vida y civilización.»

Dorotea quedó abandonada. Su padre la hizo buscar por todas partes, acudiendo hasta al rey inclusive y sin poderla encontrar hasta que al fin, *al cabo de cinco años*, leyó en un periódico lo siguiente:

«En el mar, frente á los cuatro castillos, flotaba esta mañana el cadáver de una hermosa joven, llevando entre sus brazos *un recién nacido*. Pronto las aguas arrojaron en la arena los dos cuerpos inertes. Personóse el señor Juez para formular las primeras diligencias. En el pecho de la que parecía ser la madre, colgaba una medalla con las iniciales entrelazadas A y D.

—«¡Es ella! dijo (el padre), y él sin pronunciar otra palabra trasladóse al Juzgado para esclarecer la verdad de lo que creía.

«De los datos facilitados se dió fin á un secreto.»

Así también da fin la novela.

Y yo entusiasmado, después de ofrecer á la pública admiración á su autor, D. Federico de Lopez Verdager, pido para él una espléndida recompensa.

Es necesario que se haga algo.

Porque si después de haber escrito una obra maestra como «Amor y conquista», no se le hace nada ¿donde vamos á ir á parar?

BLAS QUITO

CANTARES

Los desengaños de amor
secan la flor del cariño
como á la violeta el hielo,
como á la fuente el estío.

No abuses de mi cariño
porque me veas tú esclavo,
porque puedo convertirme
en otro nuevo Espartaco.

Nunca consigo escapar
de las penas que me asedian
porque cuanto más lo intento
más cerca me encuentro de ellas.

No puedo tu ingratitud
apartar de mi memoria
que por do quiera que voy
me sique como una sombra.

Tan procelosa es tu alma
como las olas del mar;
el que naufraga en sus ondas
no sale á flote jamás.

Me quisiste y no me importa
que llegarás á olvidarme;
para querer por los dos
tengo el corazón muy grande.

ALFONSO LLADÓ Y FANÉS

RETACO



TENCIÓN —dijo el coronel Redobles á los oficiales, que habian ido á felicitarle en el día de su Santo—que voy á contar á Vdes. un caso de verdadera abnegación. Y después de dar un sorbo, el coronel y sus oficiales, á las repletas tazas de té, el primero se expresó así: Retaco le llamábamos y, en verdad, no podía dársele un apodo más propio. Tenía 16 años, era pequeño de estatura y ancho de cuerpo. Era corneta del batallón desde el comienzo de las operaciones y nunca se pintó en su rostro ni el desaliento ni el cansancio. Vivaracho como ninguno, allí donde él estaba, no podía reinar el silencio. Cuando descansábamos después de alguno de los repetidos encuentros con los carlistas, le llevábamos los oficiales á nuestras tiendas para que nos contase algunos de los infinitos embustes que él elaboraba en su mente con asombrosa rapidez y que decía después con inimitable gracia. Fué en todas ocasiones servicial en extremo y dió siempre muestras de una subordinación arraigadísima. No temía á las balas, antes al contrario, cuando obedeciendo á la voz de su Jefe, tocaba *fuego*, se empinaba cuanto podía sobre las puntas de sus pies, sacaba el pecho y retiraba la cabeza como en señal de amenaza y llevándose la corneta á los labios la hacía vibrar con una fuerza impropia de sus pocos años.

Retaco servía en mi compañía y como era el corneta á quien yo más quería, tenía siempre muy buen cuidado de llevármelo conmigo cuando salía destacado, que dicho sea de paso, era casi siempre con escasísimo número de hombres.

En cierta ocasión, fuí destacado á dos kilómetros del batallón, de modo que á esa distancia no podía contar, dada la proximidad del enemigo, con su inmediato auxilio. El lugar de mi destino era un árido cerro de suave pendiente hacia el enemigo y rápida al lado opuesto, presentando, como es consiguiente, la indicada posición, pequeño obstáculo á los contrarios. Llegué al cerro á las once de la noche con 12 soldados, sin clase ninguna, y Retaco. La noche era de las más crudas; y en aquel cerro, falto de todo abrigo á los vientos, hacía un frío de mil demonios. Lo primero que se me ocurrió pensar, al verme allí con 12 hombres, fué, que aquella noche era la última de mi existencia, pues sentaba como evidente, que los carlistas nos coparían al primer intento. Acomodé á los soldados como mejor pude y me eché al suelo á esperar acontecimientos, porque yo no pensaba buscarlos. Todos siguieron mi ejemplo de echarse al suelo, menos Retaco, que con gentil continente, me dice:

—Mi alférez, santo y bueno que nosotros pasemos mala noche, pero V... digo que no.

—¡Vete al cuerno!—le dije—y déjame descansar.

—Mi alférez—dijo de nuevo—V. dispense si le molesto pero yo no puedo consentir que se muera usted de frío.

—Bueno ¿y qué?

—Si me dá V. permiso para alejarme doscientos pasos, ya lo verá V.

—Vete con mil diablos—le repliqué de mal humor—y déjame en paz.

A los veinte minutos se me presentó Retaco con tres ó cuatro palas y azadas que le habían facilitado en un caserío medio derruido que estaba á nuestra espalda y que Retaco debía conocer de antemano, porque desde donde estábamos y por ser la hora que he apuntado, no se veía nada.

En un decir amén me hicieron una covacha donde se estaba relativamente bien.

—Ahora—les dije—ya que tenemos instrumentos vamos á hacer una modesta trinchera.

En poco tiempo estuvo terminada. Ya podíamos defendernos; ya nuestra situación era menos comprometida. No se oía rumor ninguno. Así pasamos cerca de una hora y yo ya no pensaba disparar un tiro. De pronto, Retaco, que dentro de la trinchera estaba con sus cinco sentidos puestos en lo que le interesaba, se acerca á mí y me dice:

—Mi alférez, mi alférez, los carlistas.

En efecto los carlistas avanzaban, oyéndose nada más que el ruido producido por sus pisadas.

—Muchachos—les dije—no disparar ni un sólo tiro, hasta que yo avise. Cubrios perfectamente dentro de la trinchera y tened el arma preparada.

Yo no quería mandar fuego hasta el último momento y enonces hacerlo por descargas; así me proponía y realizaba dos objetos: alcanzar el mayor efecto útil y hacer ver que éramos bastantes para para habérmolas con ellos.

Ya estaban á doscientos pasos de nosotros, y no era cosa de dejarles adelantar más de rositas.

—Apuntar todo lo más bajo que podais, por si, como es de suponer, vienen inclinados—dije á los míos.—¡Fuego!—añadí á los cinco segundos—y catorce balas, contando con el disparo de Retaco y el mío, salieron de nuestros fusiles.

El enemigo que venía desordenado, se detuvo y rehizo. De allí á poco, aquello era una verdadera lluvia de balas. Estábamos perdidos sin remisión. Ya los teníamos á cien pasos; nuestra situación era insostenible.

Retaco que me vió desalentado por completo, porque todos mis esfuerzos resultaban inútiles, me dijo:

—¿Quiere V. ver cómo valgo yo por veinte? Deme V. un soldado y ahora lo verá.

A pesar del estado de ánimo en que me encontraba, no pude menos de reirme de aquel alarde de valor.

—Haz lo que quieras—le dije.

Cojió Retaco su corneta y su fusil y con un soldado se fué á cien pasos y á la derecha de nosotros donde se elevaba también el terreno y desde donde igualmente se dominaba á los contrarios.

—Fu go, muchachos, no desalenteis,—volví á decirles.

Los carlistas estaban ya á cincuenta pasos é iban á lanzarse á la bayoneta, cuando Retaco, desde el cerro de al lado, tocó *fuego* con todo el aliento de sus pulmones y comenzaron él y su compañero á disparar con celeridad suma sus fusiles. Aquello descompuso al enemigo. En el mismo momento empezaron á retirarse desordenadamente, concluyendo en vergonzosa fuga. No contaban con aquel fuego de flanco; no contaban con enemigo en sitio distinto de aquel que tenían delante; no contaban con Retaco!

—Bravo, muchacho,—le dije después dándole un apretado abrazo—eres un valiente. Pídeme lo que quieras.

—Estar siempre á su lado—respondió limpiándose una lágrima que rodaba por sus mejillas—y así me haré la cuenta de que es V. mi segundo padre.

—¿Se ha muerto tu padre?

—No se ha muerto, mi alférez; lo mataron los carlistas y yo senté plaza para vengar su muerte.

—¿Y madre?

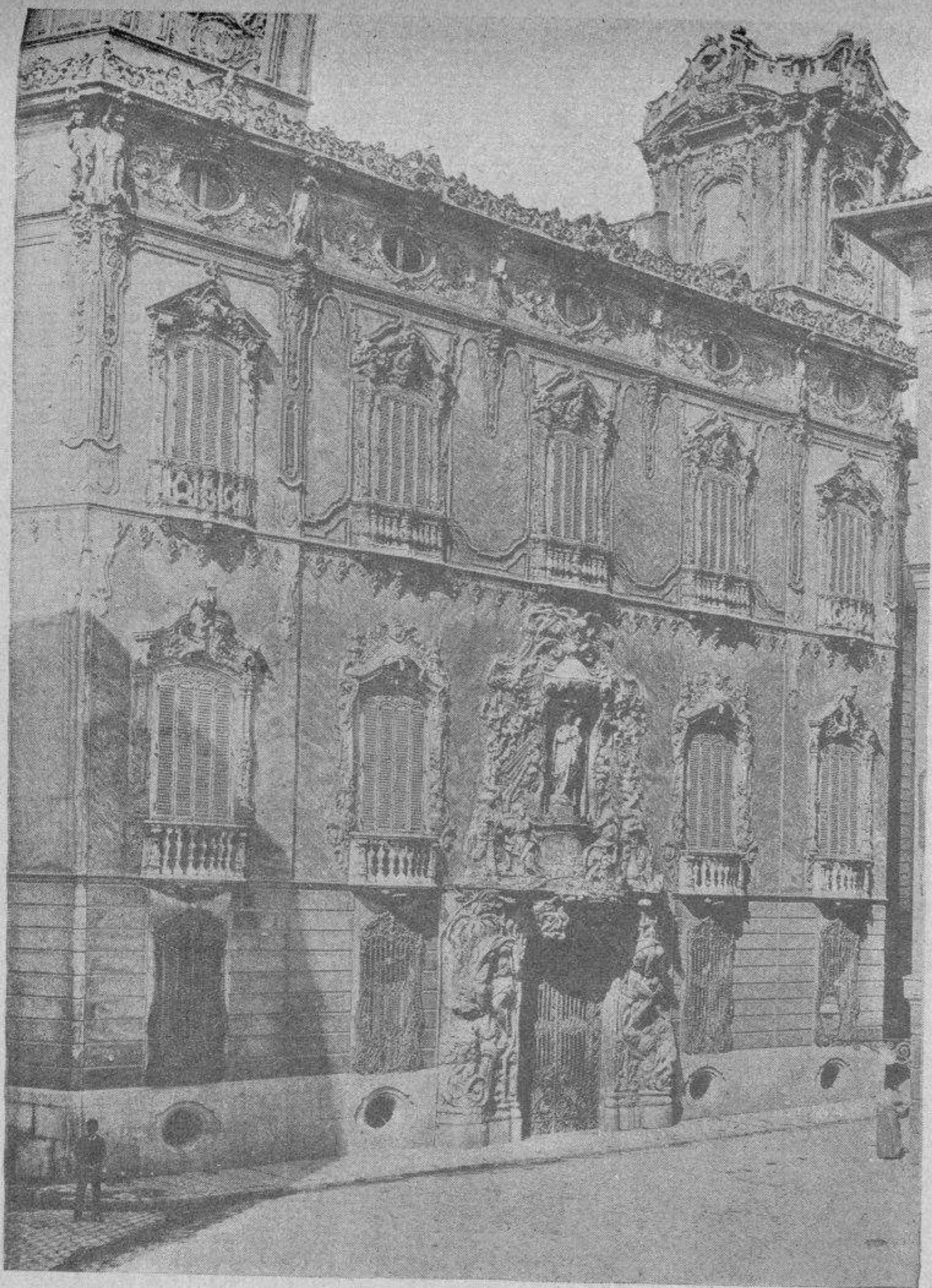
—Tengo una madre que me quiere mucho, pero está muy lejos de aquí.



Catedral: Torre del Miguelete.



Torres de Cuarte.



Fot. Hauser y Menet.

Palacio del marqués de Dos Aguas.



Plaza y Torre de Santa Catalina.

—Pierde cuidado, que siempre vendrás conmigo. Al llegar á este punto, el coronel Redobles, dió un nuevo sorbo á su taza de té.

—¿Y por fin?—preguntó uno de los oficiales.

—Por fin—contestó el coronel—en otra ocasión parecida á la descrita, recibió un balazo y lo llevaron al hospital.

Allí fui yo á verle y le encontré todo demacrado, luchando con la muerte.

En seguida me reconoció y me dijo:—Mi alfez,

voy á morir; pero antes tengo que darle á V. un encargo.

—Dilo, muchacho, que soy tu ordenanza.

—Que lleve V. á mi madre esta corneta para que en su día pueda servirle á mi hermano Juanillo que tiene ahora doce años.

No podía darse mayor abnegación. De allí salí llorando como un niño y elevando mis oraciones al cielo por el eterno descanso del pobre Retaco que acababa de expirar.

ELADIO GIRALDA.

¡¡AY... QUE ME MATAN!!

La calle estaba desierta,
la puerta estaba cerrada,
nada turbaba el silencio,
pues eran horas de calma.

Cerca de la media noche
en una casa cercana
se oyó una voz angustiada
que decía: ¡¡ay... que me matan!

Oyó la gente los gritos,
púsose toda alarmada,
acudieron los serenos,
los vigilantes, los guardias,
que á socorrer á la víctima
se aprestaron sin tardanza;
y en tanto aquel desdichado
tal vez muerto á puñaladas,
aún decía con voz lúgubre:
¡¡ay... ay... ay... ay que me matan!

Echaron la puerta abajo,
penetró la fuerza armada
y en seguida conocieron
que de un crimen se trataba,
pues allí cerca, muy cerca,
en la puerta de la sala,
oyeron petrificados

los serenos y los guardias,
la voz de aquel desgraciado
que entre suspiros y entre ansias,
esclamaba en su agonía;
¡¡ay... ay... ay... ay que me matan!

Llegó el juez, ¡acio solemne!
cesó toda la algazara,
se enteró del triste caso
al relatárselo un guardia,
y avanzando majestuoso
hasta la próxima estancia,
oyó desde allí muy claros
los gritos de ¡¡ay... que me matan!

Empujó, se abrió la puerta,
penetró la fuerza armada,
y, ¿cuál sería su asombro
al hallarse cara á cara
con un *gachó* de Sevilla,
que tañendo una guitarra
cantaba con voz muy triste:

¡¡Ay... ay... ay... ay que me matan,
niña los ojitos negros
que Dios te puso en la cara.

VICENTE S. SOLER

EL CORAZÓN DEL DIAMANTE

Era una piedra magnífica, tallada en brillante, montada airosamente en un alfiler de señora, de oro purísimo, una obra maestra de joyería que valía una fortuna. El alfiler se destacaba en un primoroso estuche, color rubi oscuro, y se exhibía teatralmente en el escaparate á los atónitos ojos de los transeuntes.

Como la joyería estaba en la calle más céntrica de Madrid, el escaparate tenía constantemente ante sí un numeroso grupo de personas pertenecientes á distintas esferas sociales. Allí se veía por mañana ó tarde al hombre opulento que á la vista del diamante seductor calculaba el esfuerzo necesario para poder hacer un desembolso de tal magnitud, y pensaba en la satisfacción que habría de proporcionar á la esposa ó al amante.

Las hermosas miraban los limpidos reflejos y se desvanecían de esperanzas y de orgullo. En el misterioso é ideal recinto de lindísimas cabezas bullían pensamientos en tropel frenético, se levantaban tempestades ensordecedoras, porque la idea surgía con el estallido del trueno, impulsada por la ola recia de la vanidad y de la soberbia, ó despertada por la mordedura de áspid de la envidia.

Muchos ojos negros de mujer y muchos azules y garzos se clavaron con insistencia en el gran cristal del escaparate, mirándose en él como en un espejo y preguntándose: —¿Seré lo suficiente hermosa para conseguir eso?

Y aquellos ojos brillaban como el sol en los espléndidos días de cielo sereno. Tenían destellos, no diamantinos, siderales. Eran astros de más calor y de más vida que los que allá, silenciosos, en lejanas esferas brillan, porque aquellos ojos llenaban al corazón con su luz, porque aquellos ojos producían el amor y eran inexhaustas fuentes de deliciosos ensueños, porque aquellos ojos eran ojos de mujer y de mujer hermosa.

La piedra brillaba, brillaba siempre mirando á todos con la múltiple luminosa expresión de su pupila única. Unas veces parecía sonreír de vanidad satisfecha, y otras asombrarse de la admiración que producía.

¿Podría pensar? Tal vez. El pensamiento es luz, y el diamante tenía mucha. No cabía duda, pensaba. ¿Qué pensaría? Preguntádselo al rayo de sol que le hería quebrándose en las mágicas facetas.

—Pienso—le decía—en cómo yo, oriundo de las

obscuras entrañas de la tierra, puedo causar asombros á los que viven desde que nacen á la luz del sol. Ved esa mujer que me está mirando, todo perfume y frescura primaveral.

Su pecho dice con orgullo que nadie le profanó, y que en él no ha nacido todavía el amor. Es muy bella, y hombres y mujeres la miran tanto como á mi; ellos de deseo, ellas de envidia. Sus ojos centellean como los astros que vi por vez primera la noche que me despojaron de mi capa de cuarzo en la boca de la mina. ¿No las veis? Yo, de piedra como soy, me siento conmovido. Y ella me mira, y me mira con amor, á mi, que no valgo lo que su más fría mirada.

* * *

Y era verdad. Una muchacha de esbelto cuerpo y de hechicero rostro con la lozania de unos dieciocho Abriles, formaba parte del corro que admiraba el magnífico brillante.

La niña iba elegante, pero modesta. Llevaba alguna alhajita, pero de poco valor. La alhaja era ella. Sus pupilas que enloquecían, sus labios bermejos que destilaban los ámbares de besos homicidas.

Sin duda debió de pintarse en su cara el deseo de poseer aquella preciosa piedra, deseo pueril todavía, como el de una niña por un lindo juguete.

En aquel momento oyó una sonora carcajada de mujer; volvióse y vió que la miraban dos lujosas señoras, á una de las cuales conoció.

—¡Pobre muchacha!—dijo una de ellas á la que la acompañaba.—Está mirándolo como una tonta, ¡Pobres! sólo el estuche vale más que ella.—Y siguieron su camino riéndose todavía.

Ella oyó esto. Una llamarada de despecho la encendió el rostro, haciéndola más hermosa.

—Pues qué, ¿tan poco valgo yo?—se dijo fuera de sí.

—¡Divina criatura! ¡adorable!—murmuró una voz apasionada á su oído, como contestando á su pregunta—niña encantadora, reina de la belleza, yo prenderé sobre tu pecho, si tú quieres, esa pobre joya indigna de que la miren tus ojos.

La niña tembló de alegría como antes de coraje. Su tez inmaculada se coloreó suavemente de rubor. Su alegría salió con el aliento y la hizo sonreír. Estaba que enloquecía. Su carne parecía pétalos de rosa y de azucena que se abrían lanzando besos de fuego. Se dudaba si aquello era mujer ó hechicería de un sueño de artista, y se podría sentir miedo de tocarla por temor de verla deshojarse ó desaparecer.

Y no era visión, sino mujer, carne apretada y pura, ambrosia humana servida en la mesa de los mortales, de liquio y amor.

Su corazón se ensobrecía con épicos acentos de alabanzas sin fin. Era hermosa, se lo decía quien podía decirlo; un hombre. ¡Ah! ¡si pudiera oír aquella orgullosa mujer que la llamó «pobre muchacha» y que la conceptuó de menos valor que un estuche!

—Niña, ese divino pecho debe ostentar riquezas y esa cabeza erguirse majestuosa sobre los almohadones de un carruaje en los paseos de Madrid, decía la voz amorosa. La belleza no debe estar oscurecida porque es despreciarla, y la que desprecia los dones de la Naturaleza es indigna de ser hija de tan egregia madre. Dime tu nombre, para que yo lo pronuncie amoroso. Dime que me amas y engáñame si quieres, que vale más una mentira tuya, que todas las realidades de la tierra. Yo

tengo tesoros, es decir, ya no los tengo, porque los tienes tú, pues que tuyos son. Los que antes te ofendieron, se doblegarán ante ti, y tus ojos harán mirar al suelo á los ojos de las mujeres más soberbias.

La hermosa niña había huído del escaparate para evitar la tentación, pero la tentación la seguía como su sombra, y su voz era cada vez más dulce y enervante. Se veía asediada y sentía grandes deseos de no encontrar salvación para aquel asedio, en el que pensaba sucumbir, más con la escultórica actitud de la lucha que hace hermosa á la figura del vencido.

Y luego, todo aquel nuevo horizonte era á sus ojos el de una aurora. Después de haberse creído ultrajada, infima y hasta... fea, se veía repentinamente arrebatada á grandes alturas, aclamada como la reina de la belleza, amada, opulenta, diosa.

Procuraba lanzar de su mente la idea de su casta pobreza que acariciaba como perro fiel. La Fortuna, la Abundancia la recibían en sus brazos, y la palabra «porvenir», sonaba en todo su ser con metálicos acordes que entusiasta crescendo componían la grandiosa sinfonía de su belleza triunfante.

* * *

Son las siete de una mañana del mes de Mayo; en este hermoso mes, el sol no es perezoso y se levanta temprano.

En el modesto gabinetito de Adelina penetran sus rayos silenciosos que parecen querer dirigirse hacia la alcoba donde duerme la diña gentil que los saluda todos los días con carinosa sonrisa.

—Despierta, despierta, dormilona—la dicen—que estamos aquí. Queremos acariciar tu cutis de rosa y ver entornarse tus ojos que no nos quieren mirar.

Pero Adelina no despierta y ellos se entretenían en jugar con los colores de las madejitas de sedas que hay en un lindo canastillo donde se ve también una labor de bordado casi concluido.

Adelina duerme con pesado sueño, y su respiración acompasada interrumpe no más el sosegado silencio de la alcoba. El aire allí es tibio y perfumado. En la almohada se ve algo que se confunde con la blanca tela, y unos cabellos negros que flotan en ondas. La garganta desnuda... un brazo mórbido abandonado sobre el cobertor...

Adelina se remueve en su lecho como la ninfa en las aguas. Se incorpora y mira á todos lados con asombro, y no se fija, como otras mañanas, en aquellos rayos de sol que la dicen desde el gabinete:—Aquí estamos, aquí estamos.

Al posar su mirada en la mesilla de noche, hiere sus ojos una visión multicolor que quiere cegarla; pero los rayos del sol están fuera y brillan más.

Adelina lanza un grito y abre y cierra sus brazos como para estrechar algo... algo que ha huído para siempre.

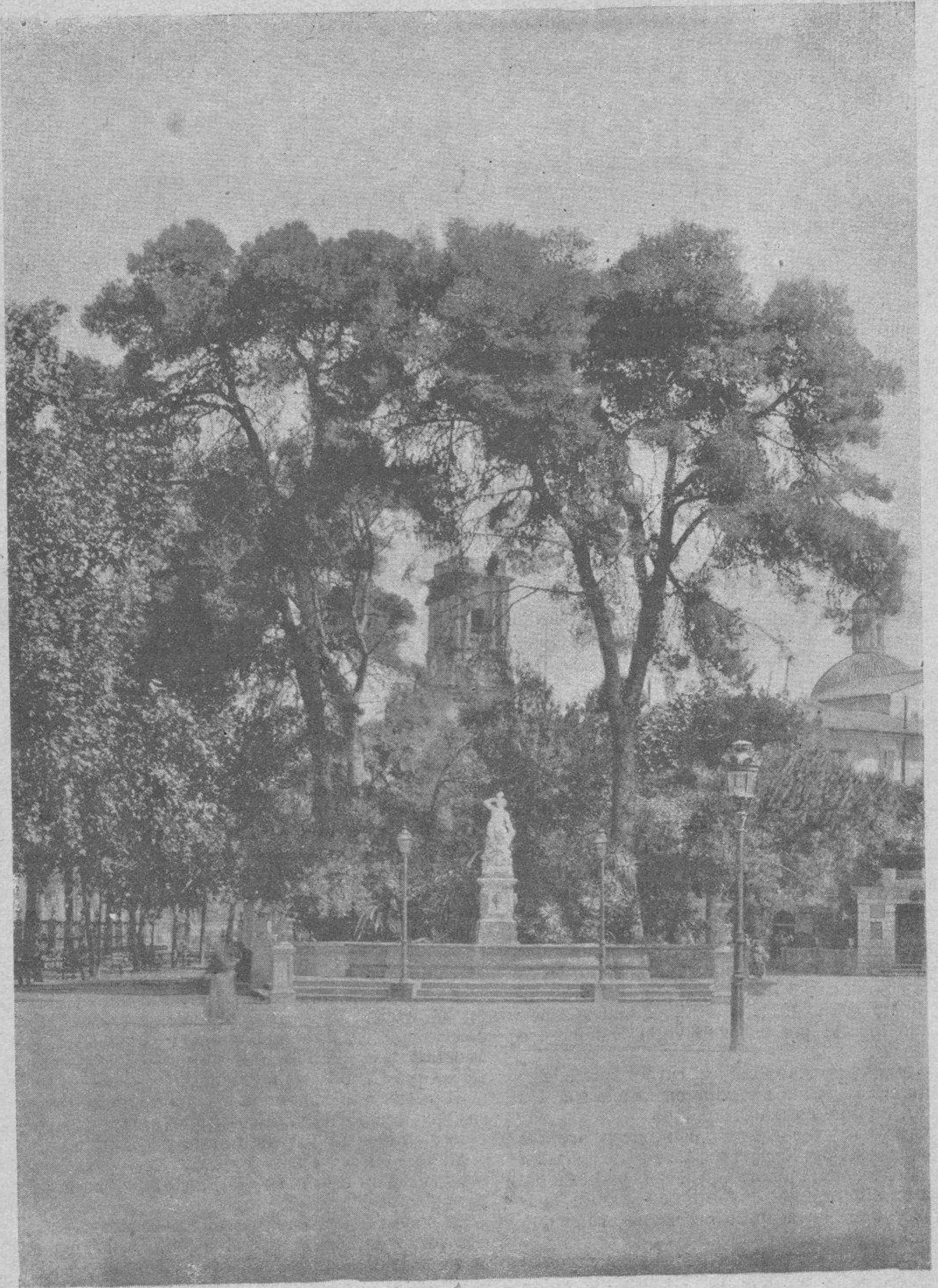
La puerta del gabinete se abre.—Perezosa—dice una voz, y un hombre con el cabello casi blanco, entra en la alcoba tranquila y cariñosamente. Es el padre de Adelina, que funda en su hija la alegría y el orgullo de su ancianidad, privado hacia algunos años de la compañera de su vida.

La hija le mira con terror en silencio, y el amoroso padre avanza hacia ella para darle su acostumbrado saludo: un beso.

Pero antes le hiere los ojos un reflejo extraño que parte de sobre la mesilla de noche.

Se acerca, ve un estuche abierto, coge una al-

VIAJE POR ESPAÑA — VALENCIA



Fot. Hauser, y Menet.

La Glorieta.

VIAJE POR ESPAÑA — VALENCIA



Barracas. Casas de campesinos.



haja que hay en él y la examina. La reconoce; él también la había visto como todo Madrid.

—¿Qué es esto, hija mía, qué es esto?—pregunta con temblorosa voz.

Adelina inclina la cabeza bajo la pesadumbre de algo que oprime mucho; los sollozos la ahogan y no puede llorar.

—Hija mía, hija mía—repite el anciano con desesperación—teniendo en la mano la preciosa joya.

Una lágrima que dejaba surco en la mejilla cayó sobre el magnífico brillante, el cual, en el momento mismo, se deshizo en luminoso y pequeño polvo sobre el pavimento,

Sin duda el diamante aquél tenía corazón.

M. FÉRRER Y LALANA.

¡FIESE V. DE LAS SANTAS!

Yo conocí á una chica
bastante hermosa,
pero era por desgracia
tan religiosa
y tan dada á la Iglesia
y á los sermones,
que en esto consistían
sus distracciones.
No miraba á los hombres
porque creía
que con sólo mirarlos
cometería,
un horrible pecado
y ella pensaba
que la que los mirase
se condenaba.
¡Era en fin tan virtuosa
la pobrecita
que hasta se daba baños
de agua bendita!
Y llegó ya á tal grado
que á sus parientes
procurando que fueran
buenos creyentes
los ponía en su cuarto

formando corros
y ella los azotaba
con unos zorros:
Vaya una penitencia
más peliaguda
que sufrían los pobres.
¡Era muy cruda!

Pasaron varios meses,
yo me creía
que con tales costumbres
continuaría,
pero ayer, un amigo
me ha asegurado
que se fugó con uno
y que cansado
éste, que era sargento
de artillería
la puso, en una casa
de *ama de cría*.

Siempre que la recuerdo
me digo ahora:
¡se vé cada beata
que dá la hora!

JUAN MANUEL GALLEGU.

¡VENGANZA!

POESÍA ÁRABE



¡PENAS se ha teñido el horizonte con el resplandor primero de la luz del crepúsculo. El árabe Mujica va con rápido paso hacia el aduar lejano y á solas, pisoteando sin temor la maleza, pronuncia cerrando el puño, que alza airado á los cielos, la palabra «¡Venganza!» Nada le distrae de su pensamiento. Ni las aves que sorprendidas, por su vertiginosa carrera se alzan en la oscuridad y lanzando un chillido huyen á oculta se, ni el gruñido del jabalí que dentellea en el bosque, ni los ojos enrojecidos de la manada de aribes, que brillan en la negrura de la noche, de distancia en distancia.

Lleva consigo lo que necesita para lograr su afán. En el corazón el deseo vehemente de venganza. En las venas, su sangre que verter, y á su espalda, la espingarda llena de arabescos en las abrazaderas de plata, y al uso bandolero, pendientes del cordón carmesi, el frasco de la pólvora y las balas.

Su cintura guarnecida con dos pistolas y gumia.

Y sigue su camino anhelando llegar y á la luz indecisa, parece con su parda chilava, con la roja funda de la espingarda, que cubre su cabeza á guisa de turbante, diabólica sombra que va en busca de un alma por encargo del rey de los abismos.

Es Buara el padre y señor de Fátima la hermosa.

De la mujer por quien Mujica baja al fondo del mar á la pesca de perlas y coral para lograr la suma que pide el avaricioso Buara por la beldad de su hija. Ya poco faltaba para completar todo el dinero y el padre se la ha vendido á otro... ¡Maldición y venganza caerán sobre él!

Pronto debe llegar Mujica frente á su puerta. Desde el repecho del camino, que ha traspuesto, divisa el aduar que semeja bandada de blancas palomas echadas en la arena... Ya es casi de día.

Por allí ha de pasar Buara... ¿Para qué avanzar más. Está en acecho sin que nadie le vea; pues de allí no pasa.

La espingarda á un lado, dos pistolas bien cebadas en las manos y en los dientes, desnuda, la gumia. Salió Buara de su jaima. Bien conoce Mujica su silueta. Por eso se ha ocultado y requiere de nuevo sus pistolas... ¡y espera!

Junto al cadáver de un moro viejo, tendido en la playa con un balazo en la frente y una gumia clavada en el corazón, escrito en caracteres árabes, se leía en la arena, cuando el sol lo iluminaba todo, aquella mañana:

¡Venganza! venganza!

JOSÉ MUÑIZ DE QUEVEDO.

LOS REYES

Cada año que pasa va señalando la decadencia de estos caballeros.

No hay que pensar torcidamente.

Me refiero á los *reyes magos*.

De las testas coronadas en activo, no me ocupo hace ya muchos años.

Allá ellas.

La edad habrá podido amortiguar mi amor á los monarcas en acción, pero no mi culto fervoroso á los que guiados por celeste estrella vinieron á *Betlehem* desde luengas tierras, caminando entre pastores y zagalas.

Tampoco han perdido ellos su costumbre de viajar una vez al año; la noche, mejor dicho, la madrugada del 6 de Enero es fecunda en dádivas y sorpresas.

¿Qué niño al acostarse en la noche del 5 no deja sus zapatos al balcón, lleno de esperanzas risueñas?

¿Qué hortera ni culto, qué *gañán* de buena fé, deja de *cargar con la escalera* y correr por esas calles al son desapacible de los cencerros, buscando el puesto de llegada de S^s. M^m. magas?

El pequeñuelo que al despertar, encuentra un dulce en sus zapatos, es feliz, coma lo es el *gañán* cada vez que el mosto le roció el *gaznate*.

Pero estas alegrías van disminuyendo de año en año.

Los reyes,—y aquí encaja lo de su decadencia—no se dedican á hacer la felicidad de los párvulos, sino á dar lecciones severas á los adultos.

Este año sobre todo, prescindiendo de baratijas, de dulces y de muñecos del *Pim pam pum*, han traído y dejado una colección de objetos, capaz de hacer penar en el porvenir al hombre menos dispuesto á ocuparse del día de mañana.

Debo á un *reporter*, gran amigo mio, la lista de una cantidad de las dádivas ofrecidas.

Héla aquí.

En la puerta del teatro de Apolo:

Una corona de siemprevivas, con cintas de color oscuro, en las cuales campean las siguientes iniciales:

S. D.

En las cintas léese además esta inscripción:

«¡Honor á Chueca!»

Sin él ya mis puertas estarían cerradas.»

En el atrio de la Zarzuela se halló una expuerta de legumbres recogidas de *vuelta del Vivero* con destino no sabemos á quién.

De fijo no son para los autores de la obra de aquel título, que por su talento merccen muchas coronas de verde laurel.

No falta quien supone que algún *vivo*, ha roto la tarjeta en la que estaba litografiada *la dirección* de la expuerta

Y aun hay quien asegura que en un cacho de tarjeta se leía este monosílabo: «Mu.....»

En el vestibulo de la Comedia, halló la barrendera una bandeja de plata con el letrero que copió á continuación:

«¿Qué sería de tí sin el concurso de lo francés?

¡Valiente españolito!

E. Mario es el verdadero guardián de la casa.

¿Por qué?

Pues... *Velay!*

En Eslava se hallaron tres ó cuatrocientas coronas dedicadas á Chapí, y en Martín el siguiente epitafio;

R. I. P.

Los autores le dieron la puntilla.

Uriartee l quite.

En la parte inferior de la lápida veíase una ave-fénix como indicando que el pequeño coliseo iba á resucitar de entre sus cenizas.

El ave fénix tenía toda la cara de Teodoro San José.

¿Será profético el símbolo?

En el Real, no habría coronas, sino fojainas para recoger las lágrimas de los coristas á quienes se debe una quincena.

Para las partes principales dejaron los reyes tres docenas de esponjas.

Entre ellas, descollaba un *bebé* con toda la fisonomía de D. Luciano, que por medio de un resorte decía «Mamá, mamá.»

Pero el presente más notable se encontró en el portalón del teatro Romea.

Constituía un cesto de primorosa factura con la siguiente anecdotilla:

Las Pascuas habían escurrido á Manolito.

L'egó el San Manuel y los pedigüeños lo acosaron de tal modo, que el interesado dijo: «Señores, si es verdad, mañana es *San Manuel*, pero yo no soy de e. *soy del otro*.

¡Ojol!!!

RAFAEL M.^a LIERN.

SE HALLA DE VENTA EL DÉCIMO CUARTO CUADERNO

DE

LA GUERRA DE CUBA

POR

V. Suárez Casañ

BASES DE SUSCRICIÓN

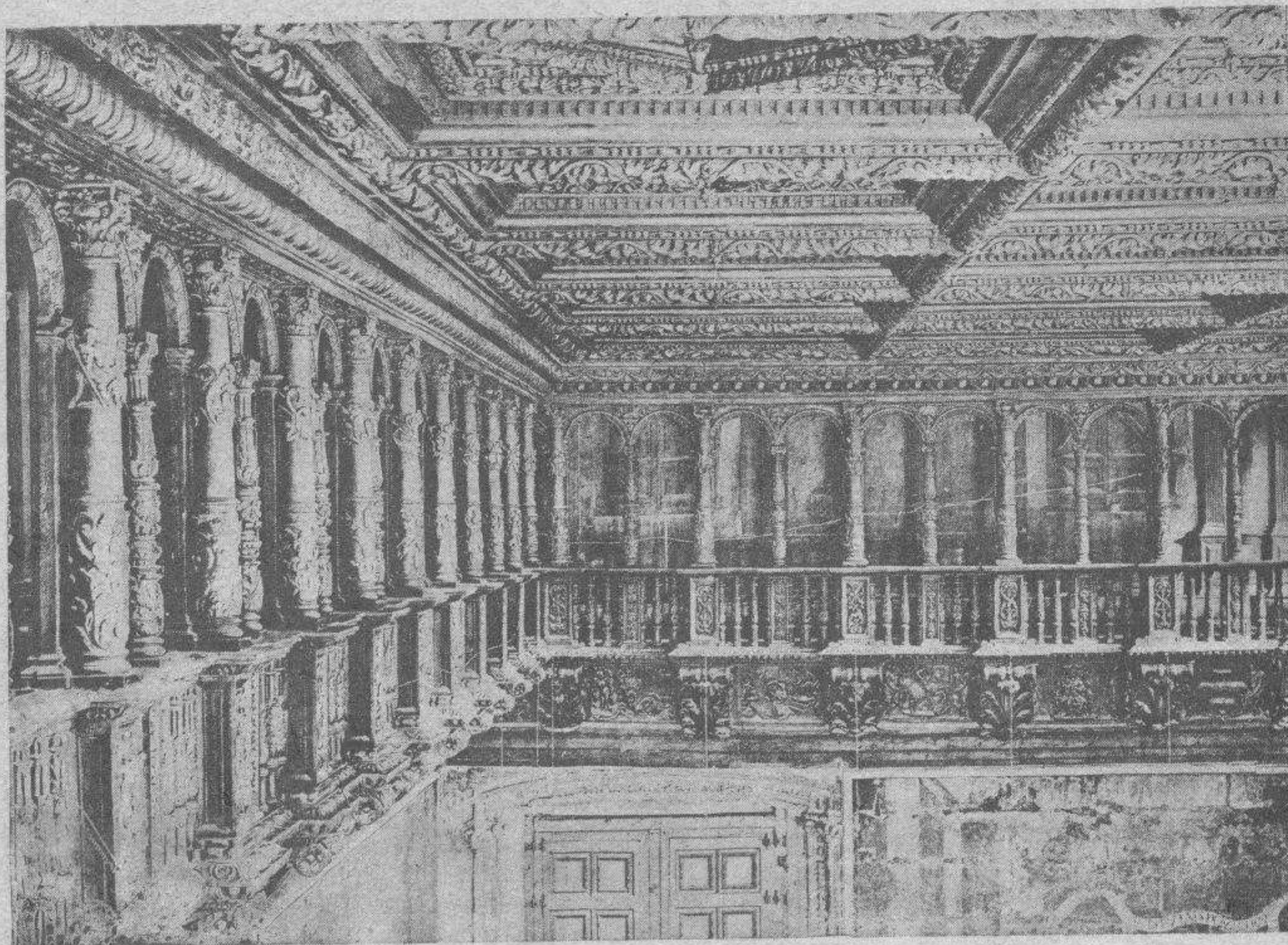
Serie de 10 cuadernos. . . . 1'50 ptas. ☞ Serie de 20 cuadernos. . . . 3 ptas.

A todo pedido ha de acompañar su importe, sin cuyo requisito no se servirá ninguna suscripción

Todos los pedidos á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, kiosco número 3. — BARCELONA

Imp. de Redondo y Xumetra, Tallers, 70.

VIAJE POR ESPAÑA — VALENCIA



Interior de la Audiencia. Sala de Cortes.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO-ARTÍSTICO

Director:

V. SUAREZ CASAN

TODA LA CORRESPONDENCIA
A D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3. Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Semestre..	5 Ptas.
Un año.	8 ,
Extranjero y Ultramar.	15 ,

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.
— Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—
Pago adelantado.

CORRESPONSAL EN BARCELONA PARA LA VENTA

de
periódicos de Madrid y provincias

D. PEDRO MOTILBA
Rambla del Centro, Kiosco n.º 3.

- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *El Liberal* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ *La Correspondencia de España* ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ *El Heraldo* ◆ ◆ *El Globo* ◆ ◆ ◆
- ◆ *El País* ◆ *El Enano* ◆ *La Granvía* ◆
- El Pelotari* ◆ ◆ ◆ *La Bandera Federal*
- ◆ ◆ ◆ ◆ *El Nuevo Mundo* ◆ ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *La Lidia* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆

Corresponsal exclusivo en Madrid para la venta de LA SAETA, D. Antonio Fernández, Mayor, 2 y 4

LA SACTA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 16 DE ENERO DE 1896

NÚM. 269

15 CÉNTIMOS

BAILARINA DE LA OPERA DE PARIS



Cleo Leonard.



No se ha arreglado, nó, la cuestión del teatro Real. Tenemos empresario nuevo, pero al encargarse éste del negocio, se ha encontrado con que la orquesta no estaba, parece mentira tratándose de músicos! en armonía con los demás elementos necesarios para abrir de nuevo el teatro. La orquesta dice que si no le pagan lo que el empresario anterior la dejó á deber y una quincena adelantada, no tocan.

Los *divos* y *divas* que esperaban pentágono al brazo que el nuevo empresario abriera, se han cerrado á toda esperanza y se han marchado á diversos teatros para no perder más sueldos. El problema está ahora más embrollado que antes, porque si se encuentra orquesta nueva, faltarán cantantes. Con estas cosas, el nuevo empresario está *desperato*, y no menos *desperatos* los abonados que pagaron y ven hoy su dinero comprometido, muy comprometido, sin contar con que, como ellos dicen, no tienen ya en donde verse, porque en Madrid no hay donde encontrarse como no sea en el Real.

En el fondo no es la falta de orquesta lo que mantiene cerrado el teatro Real, sino la falta de dinero y aun más la falta de disposición para divertirse en el público. Esto, que es natural producto de la guerra, se nota en los demás teatros y en todas las manifestaciones de la vida. Contadas son las familias que directa ó indirectamente no sienten en su seno el golpe de la guerra; en todas partes falta alguien que está allá, y aun suponiendo que los que ha dejado aquí tengan dinero, no pueden tener humor para gastarlo.

Pesa la guerra de Cuba sobre toda España como una gran pesadumbre nacional que la patria sostiene valientemente sobre las espaldas pero que, al fin, pesa.

Todos nos hacemos cargo de que es un deber patriótico enviar hombres y dinero, pero á todos nos hace igual impresión de frío la noticia que de vez en cuando sale del ministerio de la Guerra:—Hay que mandar refuerzos. Estas sangrias sucesivas se condensan en un sentimiento de odio muy profundo y vivo contra los nombres de los cabecillas que mantienen la guerra. Es seguro que si fuese preso Maceo, por ejemplo, y traído á España, contra todas las leyes de humanidad, que deben regir en pueblos civilizados, nos convertiríamos en fieras para hacer pedazos á la moda salvaje, al cabecilla maldecido.

Y eso que no se oye el lamento parcial de la mu-

jer del reservista que ha quedado aquí, por esos pueblos, con tres ó cuatro hijos y dos reales diarios que la dá el Estado para mantenerse. No alcanzo á comprender cómo se puede vivir con tres duros al mes por arrastradamente que se viva. Pues fatigas tan duras están pasando, hace meses en más de veinte mil familias españolas que no tienen medios de hacerse oír, pero cuyos trances apurados no es difícil imaginar.

Grande y santo es, el sentimiento de la patria íntegra, y muy fuerte entre nosotros el convencimiento de que nuestro honor nacional está empeñado en la isla, pero... no me atrevo á terminar este párrafo que puede caer en manos de un patriota furibundo á quien no hayan sacado hombres ni dinero para Cuba, pero yo sé cómo lo acabarán esas veinte mil familias que viven sin jefe y con tres duros mensuales.

Pasaron las fiestas de Navidad y primero de año, afortunadamente para nuestras vidas, y ya han empezado á ensayar las estudiantinas los pasos dobles que han de tocar en Carnaval, y se van abriendo los varios salones de bailes de máscara con que contamos. El antiguo Liceo Rius, de pornográfica memoria, se ha adecentado y convertido en teatro, y para la clientela pseudo femenina que lo favorecía se ha abierto otro local *apropósito* donde tuvo hasta hace poco su redacción el *Heraldo*, y al cual local se ha puesto el simbólico nombre de *Salón Zorrilla*. Creo que este ó esta *Zorrilla* nada tendrá que ver con nuestro gran poeta nacional, y que el nombre del salón significará otra cosa.

Aun los que hayan frecuentado el *Moulin Rouge* ó el *Treteau de Tabarin* en París, encontrarían chocante lo que en el *Salón Zorrilla* sucede con esa desventurada parte de la raza masculina empeñada en realizar el imposible de ser lo que no es. Alguna vez la autoridad se deja caer por allá y hace una rodada, pero en general y al llegar Carnaval el salón Zorrilla tiene algo de institución á la cual nadie se atreve á tocar.

Es este quizás el único aspecto animado, demasiado animado, que va quedando de Carnaval, convertido hace mucho tiempo en desahogo de la imbecilidad de unos pocos á quienes muy pronto habrá que retirar gubernativamente del arroyo como medida de ornato y salubridad públicas.

El teatro, muerto.

Leopoldo como ha estrenado *Velay!* en su pueblo natal, Valladolid, donde han hecho al poeta una ovación, que el poeta aprovechó para escribir unos versos contra los críticos á quienes no gustó su obra.

Lo lamento muy sinceramente, porque muy sinceramente estimo el talento de Leopoldo Cano que es,

además de cumplidísimo caballero, hombre por todo extremo simpático.

Y si los versos van también conmigo, lo siento doblemente, tanto más cuanto que Leopoldo Cano debió haber hecho otros dándonos incienso cuando alabamos en coro y como era justo, su comedia *Gloria*.

FEDERICO URRECHA.

¡CUALQUIERA SE CASA!

Marieta, Marieta,
la del gallardo palmito;
la del talle diminuto
preso en estrecho corpiño;
la de la boca incesante
que es de mil caricias nido,
y cárcel de hermosas perlas
prendidas en coral fino....
no trates con ese gesto
tan adusto y tan altivo
á los hombres que te ofrecen
su pecho de amor henchido;
ni tanto orgullo demuestras;
ni te pongas tantos rizos
(ó moños, que viene á ser,
para este caso lo mismo);
ni olvides que los favores
que te concede Cupido,
regalándote sus flechas
compuestas de acero fino,
pasan, como pasa el tiempo,
como pasa el torbellino;
duran, lo que el fuego fátuo
que muere apenas nacido,

ó lo que dura una nube
en los meses del estío.
E!, por tanto, necesario,
antes que el tiempo atrevido
se encargue de marchitar
la flor que lozana miro,
que busques con diligencia
y á toda costa marido
ora sea tuerto y giboso,
ora buen mozo y fornido....
Lo principal es, que sea
por su caudal conocido,
que poco importa no amarle
y no tenerle cariño;
con el trato y con el tiempo
se lo tomarás, de fijo.
No hagas caso á los que dicen
que casarse, solo es lícito
ante Dios y la conciencia,
cuando existe ese atractivo
que quieren llamar amor,
y diz que es fuego divino
que las almas purifica,
que es en todos instintivo,

y que al morir la materia
vuelve puro al infinito....
Olvida esas bagatelas;
pues, con el alma te digo,
que, en este mundo de prosa
y ruín convencionalismo,
casi nadie reconoce
más amor que el del bolsillo.

Como si aqueste romance,
(que por fuerza lo hubo escrito
quien de sobra conocía
las costumbres de este siglo)
las mujeres de memoria
se lo hubieran aprendido,
todas piensan de igual modo
y todas obran lo mismo.
De suerte que, si hay un hombre
tan valiente y atrevido
que se decida á casarse
en estos tiempos malditos,
ó está dado á los demonios
ó no está cabal de juicio.

M. C.

ENTRE DOS FIESTAS

Rasó la fiesta de los Reyes y se acerca la de San Antón.

Durante los días cuatro y cinco y en la mañana del seis de los que corren y de los que se están parados, daba gusto ir por esas calles de Rius y Badia y pararse á contemplar los escaparates de las tiendas de juguetes. es decir, de casi todas las tiendas, porque en días tales se dedican al juguetes hasta las salchicheras y las neotafías.

Por todas partes se presenciaba un espectáculo á la vez animado y pintoresco.

Honrados padres de familia regresaban al hogar doméstico cargados de chuchufías para obsequiar á sus pequeños vástagos, haciéndoles creer que los legendarios Reyes magos les habían premiado... por las mil travesuras y picardías realizadas durante el año anterior, pues generalmente no suele haber otros motivos de premio.

Otros que no han entrado aun en la categoría de padres, si bien no por falta de ganas, adquirían objetos con que agasajar á sus adorados tormentos, ofreciéndoles como regalo de Reyes, aunque los dadores y las tomadoras saben ya perfectamente el origen y el por qué de tales regalos.

En la plaza del Pino ví á un individuo que llevaba un saco de aspillera, en el cual iba metiendo una porción de objetos de á diez, quince y veinte cénti-

mos la pieza, que compraba en los puestos de la feria.

No pude menos de preguntarle:

—¿Se dedica usted á la reventa?

—No, señor,—me contestó con lúgubre acento.— Pero hace doce años que soy casado, tengo diez hijos, cada uno no se contenta con menos de tres ó cuatro juguetes y yo gano ocho mil reales al año... con que saque usted la cuenta.

—¿De los hijos, de los juguetes ó del sueldo?

—De las tres cosas.

—Pues lo siento, pero no tengo tiempo para tanto.

Y me marché mientras él ajustaba, ya que no la cuenta susodicha, media docena de ratones americanos, la alegría de la casa, según vociferaba el vendedor.

Algo más lejos, me encontré á un amigo mío que también pertenece al gremio, al de los casados, se entiende; pero que no ha sido tan prolífico como el sujeto en cuestión.

Le seguía un mozo de cuerda cargado con un hermoso ataúd.

—¿Qué es eso?—exclamé.—Ha ocurrido alguna desgracia en tu casa?

—No,—me contestó.—Ya ves que no voy de luto ni mi cara revela pesar, porque si bien no me faltan motivos para afligirme, se trata de padecimientos... crónicos.

—Por lo mismo me ha extrañado...

BELLAS ARTES



Cuadro de G. V. Hoesslin.

La gloria y el artista.

BELLAS ARTES



Cuadro de E. Nerky.

Viéndole pasar.

—¿Qué?

—Verte con semejante acompañamiento.

El se sonrió y me dijo en tono misterioso:

—Es una treta.

—¿Piensas hacerte el muerto como el sutil tramposo del sainete?

—Tampoco has acertado. Mañana es día de Reyes.

—¿Y vas á regalar ese juguete á tu hijo? ¡Qué barbaridad!

—No es para él, sino... para mí suegra. Todos los años se empeña en que le haga algun obsequio en este día y quiero probar si al verlo tan bonito, se decide á morir y á dejarnos vivir en paz y gracia de Dios.

—Como adivine tu intención, te saca los ojos y no se muere en una senturia.

—¡Ay! ¡Mucho lo temo, pero hay que intentarlo todo!—exclamó melancólicamente.

Y después de estrecharme la mano, se alejó, seguido del mozo y del original regalo destinado á su mamá política.

De seguro, á estas fechas, tiene la cara hecha un mapa, pues yo sé cómo las gasta la buena señora.

Por regla general, las suegras pertenecen á una misma categoría de mujeres: la de las insoportables.

Pero la de mi amigo, además de los defectos de *reglamento*, posee un apetito desordenado de hacer fiesta por todo y por cualquier motivo, y un inmoderado afán de que su yerno la obsequie con el más frívolo pretexto.

¡Hasta fué capaz de exigirle que le comprara una palma, el domingo de Ramos del año pasado, y tiene sesenta primaveras y ha tenido casi más hijos que años!

De seguro, que si le ha perdonado lo del ataúd, á

estas fechas está ya atormentándole continuamente diciendo:

—(Olegario, acuérdate de que el día 17 es San Antonio.

—Bueno ¿y qué? ¿Quiere usted que la saque de paseo?

—Naturalmente.

—¿Con penacho y lazos?

—¡Olegario no me faltes porque te desuello!... Es preciso que me lleves á la plaza de Palacio á ver *los tres Toms*, y que me coloques en buen sitio y que me compres panecillos del santo; pero no tan poca cantidad como el año pasado. Solo compraste seis libras y ¡es claro! apenas los pude probar...

—Tiene usted razón. Seis libras para cuatro personas es muy poco. Este año compraré un quintal.

—No: con media arroba habrá bastante.

Y es muy capaz, no solo de obligar á Olegario á comprarle la media arroba de panecillos, sino de comerse la mayor parte de ellos y de no reventar.

Al principio de su matrimonio, mi amigo la atestaba de comida con el santo fin de ver si un atracon ponía fin á sus cuitas, pero le salió el tiro por la culata.

Sobre el gasto de manjares, hubo de cargar con el médico y botica para curar las indigestiones de su suegra; y ésta cada día estaba más terne.

Por eso me decía el infeliz en cierta ocasión:

—La única ventaja que me ha proporcionado mi matrimonio es el estar á cubierto de los peligros que ofrecen las tempestades. En cuanto hay tormenta, hago que la madre de mi mujer se suba al terrado y ya estamos todos tranquilos.

—¿Por qué?

—¡Porque á mi suegra no la parte ni un rayo!

BLAS QUITO

LAS TREINTA MONEDAS

Fray Juan de la Concepción,
pico de plata por mote,
en elocuente sermón
execraba la traición
de Judas el Iscariote.

El carmelita en verdad
tuvo ocurrencias agudas,
atacando sin piedad
en la persona de Judas
á su vil posteridad.

Cabe el púlpito, de pié,
y sin decir tú ni más,
estaba el Padre Clavé,

hijo dignísimo de
la *sociedad* de Jesús.

Al término del sermón
dijo un oyente al jesuita
bajo su viva impresión:
—«Padre, sin duda medita
de Judas en la traición.»

El padre que nada exalta,
replica en tono sincero,
que ingénuo actitud esmalta:
—«No señor; pienso en la falta
que á Júdeas hizo el dinero.»

J. VELAZQUEZ Y SANCHEZ.

RECORTADURAS

Ex abundantia cordis loquitur os.

Don Hermógenes, lo diría en griego para mayor claridad.

Yo lo traduciré en español por si alguno de ustedes no entiende el idioma del *Lacio*.

De la abundancia del corazón habla la boca.

Todos los corazones madrileños laten á impulso de un solo sentimiento, hoy por hoy.

El sentimiento que despierta el frío.

No se puede vivir materialmente.

Las palabras se hielan en la boca.

Este frío horrible se siente mucho más por lo brusco del cambio, de una primavera apacible á un invierno rigoroso.

Los que anteaer paseaban á cuerpo por Recoletos, hoy circulan por el sol provistos de gabán de pieles.

He oído decir que don Juanito, como siga esta temperatura va á dar corridas de novillos de 11 de la mañana á 2 y 1½ de la tarde.

No hay que decir serán de preferencia las localidades de sol.

A los tendidos de sombra no se podrá ir más que llevando un braserillo con cisco bien pasado.

Debo á un gran observador este detalle.

El conocido que en día festivo, al cruzarse con V. en la calle no le tienda la mano, ya se sabe lo que es; *hortera*.

Las lleva en los bolsillos *por mor* de los sabañones. Las esconde para que la vergüenza no le tiña el rostro del color de los sabañones

—¿Y por qué no se pone guantes?

—Porque se le pegan y al quitárselos es ella. Salen detras tiras de sabañón, dejando la parte de los dedos en carne viva; desgracia que difiere la curación más de mes ó mes y medio.

Dos amigos míos acaban de meterse en cama. Uno de ellos porque padecía de sabañones en las orejas.

Está hecho un móstruo.

Probablemente no podrá salir de casa en noventa días.

Sus orejas no volverán á su primitivo estado hasta que las brisas perfumadas de Abril templen la temperatura y aromen el ambiente.

El otro se ha acostado porque no tiene .. capa.

Y lo que es á cuerpo, no hay mortal que se eche á la calle en estos días de perros.

Un hecho ocurrido esta mañana me ha obligado á recordar que no para todos *cualquier tiempo pasado fué mejor*.

Hablaba yo de la suavidad del invierno último y un revendedor muy ducho él y muy gracioso, me ha dicho ofreciéndome una caña de Sanlucar en la viña P... «Pues no señor, el invierno pasado hubo más frío que en éste.»

— ¡Ca!

—¿Cómo cá? Un amigo mio se heló el día de Reyes y cuando volvió en sí, debía ya tres meses de casa!

**

Impone á cuantos tienen pudor literario, entrar en el saloncito del Teatro Español.

Pintados al óleo tiene los siguientes retratos:

Rita Luna, Concepción Rodríguez, la Avellaneda, Maiquez, Latorra, Guzman, Romea, Rafael Calvo, Ventura de la Vega, Narciso Serra, Tomás R. Rubí, Duque de Ribas, Bretón, Quintana, Zorrilla, Garcia Gutierrez, Gil y Zárate, Martinez de la Rosa, Hartzembusch, Echegaray, Nuñez de Arce, Tamayo y Baus, Cano, Ayala, Luis Eguilaz y Conde de San Luis.

En fin la *crema* del arte y de las letras.

Iba yo á entrar en el saloncito la otra noche, cuando me detuvo á la puerta la animada conversación que oia procedente del saloncillo.

Conoci la voz de mi empresario y amigo Ramón Guerrero, barbian que á una alta inteligencia reúne un gran sentido, práctico y al oírle pronunciar mi nombre, me colé de rondón en el aposento.

Ramon estaba solo.

—¿Con quién hablabas?

—Con estos retratos. Hablaba de tí.

—¿Qué ha pasado?

—Me han pedido cuenta estos caballeros del acto de haberte traído á esta casa de director artístico.

—¿Me porto mal con ellos?

—No es eso. Te admiten con una sola condición.

—¿Cuál?

—La de que no has de escribir para el teatro ni un solo verso más.

—¿Te has comprometido á ello?

—Si.

—Pues no te ha é quedar mal.

Y efectivamente; ayer me corté el pelo para lo que me resta de vida.

¡Descansad empresarios!

**

¿A que no adivinan ustedes quién es el único madrileño que suda en estos días, á fuerza de correr?

—Ben.to Zozaya; no para buscando orquesta para el Real.

¡Dichoso él!

RAFAEL M.^a LIERN.

LA MUERTE DEL ORO

¡De profundis! Ya el sudario cubre el mísero despojo de mi mortal adversario; ya contemplo sin enojo su nombre en el Diccionario.

Llenó su fama la tierra: Bélgica, Holanda, Inglaterra le sacaron el escote; y le declaró la guerra la patria de *Don Quijote*.

Comerciantes y usureros de su cadáver en pos van con ayes lastimeros, y al pasar dicenle: ¡adios! filósofos y copleros.

¡Pobrecillo! En uua caja de cigarros del estanco á la sepultura baja, y con billetes de Banco le han labrado la mortaja.

Ya al que charla como un loro nadie dirá: *pico de oro*, y de muchos que yo sé

gritará la gente á coro: —¡ay, qué *pico de dublé!*

Su cabellera *dorada* cien hermosas trocarán por cabellera *estañada*, y sueños de aire ó de nada los sueños de oro serán.

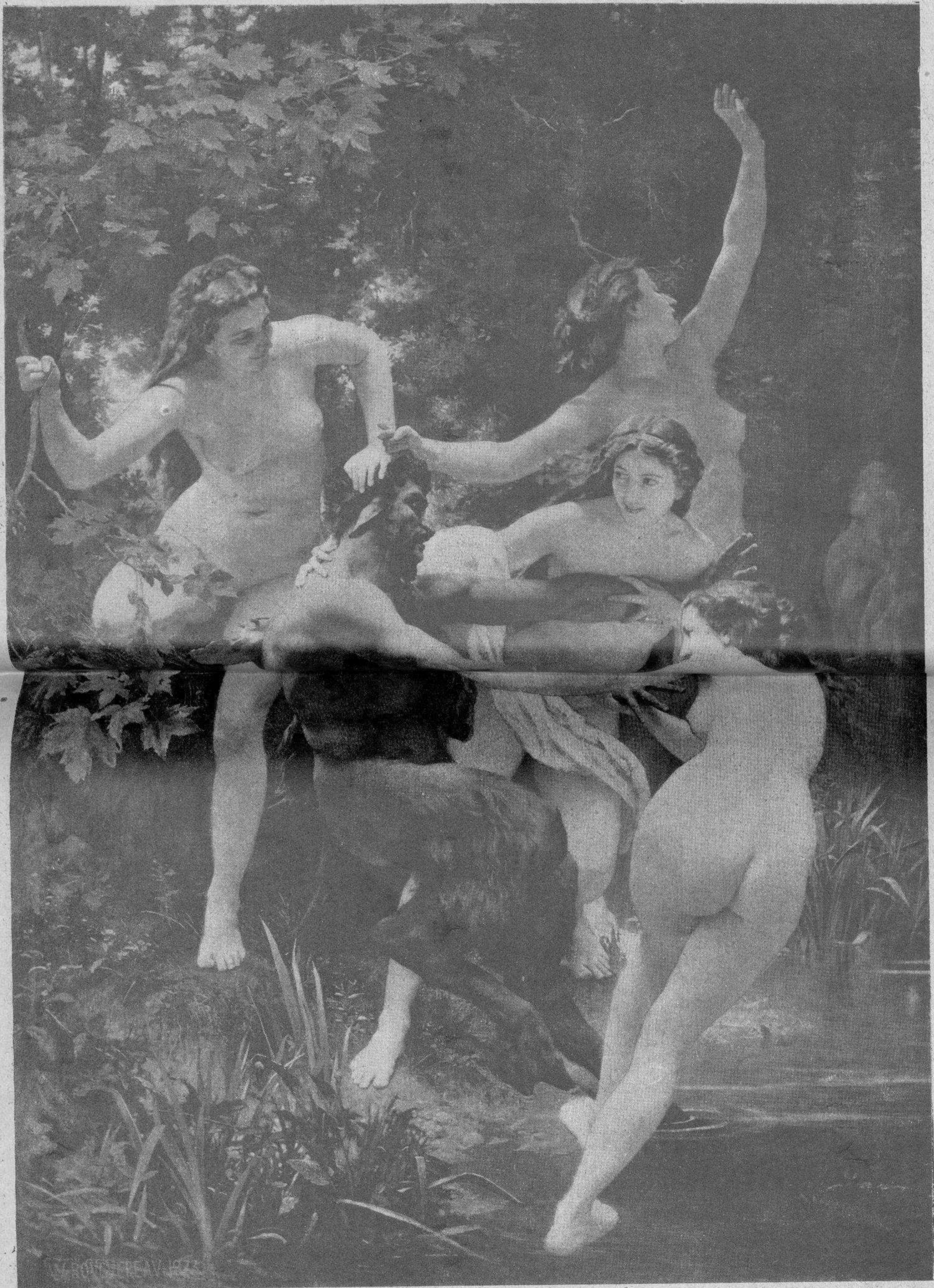
Del Vellocino y Jason envuelto en el torbellino pasará la tradición, y en vez de ser *Vellocino* seguirá siendo *vellón*.

Vacante dejó el dosel el oro, y la tierra ingrata otro señor busca en él; unos prefieren la *plata*, otros piden el *papel*.

Tratándose de un metal no espero ni por asomo mudanza muy radical; yo apuesto que será el *plomo* su heredero natural.

MANUEL DEL PALACIO

BELLAS ARTES



Las ninfas y el sátiro.

adro de Bouguereau.

LOS REYES MAGOS

CUENTO

Los habitantes de Villasimple eran, en la época á que esta narración se refiere, unos benditos en toda la extensión de la palabra. Para ellos era cosa cierta, que los Reyes Magos hacían una excursión á todos los pueblos del mundo, la noche del día 6 de Enero de todos los años sin dejar uno.

El Alcalde, que era de esos hombres á quienes no les gusta quedar mal con nadie y menos con Reyes que, según él, estaban relacionados con el clero, había dispuesto que se les recibiese con el aparato que el caso requería. Se formó una murga regular, y digo regular porque allí había casi de todo: bombo, platillos, almireces, aceiteras, etc., etc. Ellos y ellas sacaron del fondo del baul los trapitos de cristianar y se lavaron la cara, que buena falta les hacía. Este llevaba una escalera, aquel un farol, el de más allá un cencerro; en fin, que iban provistos de todo lo necesario. Lo que no dejaré de apuntar porque la cosa lo merece, es un estandarte que llevaba el más fornido del pueblo, hecho con dos escobas empalmadas y en cuya parte superior ondeaba algo que á mi me pareció refajo de mujer, en el que se veían unos garrapatos que decían:

¡BIBAN LOS REYES MAGOS!

No he visto nada de más gusto en mi vida.

La multitud esperaba intranquila en la plaza del pueblo al tío Perico, Alcalde de la localidad, que como Jefe del cotarro, había de ordenar la marcha.

Por fin apareció el tío Perico.

—¡Muchedumbre!—dijo á los concurrentes, levantando la vara en alto para que se callasen—Esta noche deben llegar á este pueblo, D. Melchor, Don Gaspar y Don Baltasar, á quienes ya conocéis de sobra por el catecismo, si le habeis leído alguna vez, y por consiguiente no necesitareis que yo, el Alcalde, sus diga qué clase de personajes han de venir á visitarnos. Vendrán por el Oriente, que si sus he de decir la verdad no se dónde está, pero no hay que apurarse por esto, porque mi Secretario que es hombre leído, lo sabrá de sobras. Llamad á mi Secretario.

—Aquí está, señor Alcalde.

—Vamos á ver: ¿No vienen los Reyes por el Oriente?

—Así es la verdad, señor Alcalde—repuso el Secretario.

—¿Y hacia donde está eso?

—Donde está no sé, pero me figuro qué camino conduce á este sitio.

—¿Cuál es y por qué te lo figuras?

—Ya verá V. qué camino es cuando emprendamos la marcha, y en cuanto á lo demás le diré que estos días atrás estuve leyendo la vida y milagros de estos Reyes en un libro que tenemos en la cocina de casa y he sacado en consecuencia que eran algo aficionados á la bebida del zumo de uva.

—¡Pero qué caletel, ¿y eso que tiene que ver?

—¡No ha de tener! Pero en fin, déjeme V. á mí, ya verá que mis cálculos no marran.

—Pues andando.

Y levantando la voz añadió:

—Deseo sus porteis como vecinos pacíficos. Ahora tú, Secretario, encamina esta turba y su gran cabeza hacia el Oriente.

—¡Viva el Sr. Alcalde!—dijo uno

—¡¡¡Viva el Sr. Alcalde!!!—repitieron todos.

II.

¡No era pequeño el chasco que iban á llevarse, teniendo el pueblo de Villasimple un maestro de escuela y un albeitar y un boticario, bromistas si los hay!

El día anterior se habían reunido las tres personalidades indicadas para tratar de hacer de Reyes y divertirse un poco con el pueblo, principalmente con su cabeza.

El maestro de escuela hacía de Melchor, el albeitar de Gaspar y el boticario de Baltasar. ¡Era cosa de verles la noche de marras!

Los tres se habían disfrazado de análoga manera: Una sábana encubriendo sus vestidos; en la testa un sombrero que fué de copa, allá en las mocedades del boticario, y unas barbas de crines cubriendo sus rostros. ¡Qué bien estaban en sus cabalgaduras! Lo único que desconcertaba el cuadro un poco, era la figura del albeitar, que como tenía las piernas tan largas y el burro era de pocos pies, casi tocaba mi hombre con los zapatos al suelo, y cuando para evitar esto, encogía las *extremidades posteriores*, formaba con ellas un arco de círculo por debajo del vientre del animal, que no había más que ver.

Estas tres personas distintas en su naturaleza aunque iguales en categoría, emprendieron la marcha poco tiempo después de que la gran masa se alejaba del pueblo, y dando un pequeño rodeo y poniendo al trote á sus cabalgaduras, consiguieron situarse, á gran distancia del populacho para no ser vistos. Poco tiempo después, daban la espalda á Oriente y caminaban lentamente hacia Villasimple.

III.

No habían el Alcalde y su gente andado dos kilómetros, cuando creyeron divisar á unos doscientos metros, tres blancas figuras que se destacaban en la oscuridad

—Los Reyes—gritó el del estandarte

—No—dijo el Alcalde, conteniendo la respiración—son tres ánimas del otro mundo.

En un decir amen se dispersó la comitiva y uno por aquí y otro por allá echaron á correr carretera adelante gritando desafortadamente. Los murguistas tiraron los instrumentos, el de la escalera su impedimenta y el alcalde su vara. El único que permaneció en su puesto, fué Ramales, el del estandarte, en actitud amenazadora. Gaspar levantó la voz y fingiéndola cuanto pudo, dijo:

—Hombres rústicos no os asustéis que somos los Reyes que esperais.

—Ta, ta—dijo Ramales—¡A mi Reyes!—y sin más explicaciones empezó á tirarles piedras respetables. Una de ellas debió dar al borrico de Melchor y otra al albeitar, porque éste comenzó á chillar quejándose y aquel á rebuznar y á dar grandes coces. Los rebuznos llegaron á oídos del Alcalde, motivo por el cual dejó de correr, y tomando nuevos alientos, gritó á los suyos:

—Campesinos, no corraís, que ese rebuzno lo conozco como á la madre que me parió, y ó yo soy muy romo ó el que viene encima del burro debe ser alguno del pueblo que sus quiere dar un susto, y digo que sus quiere dar un susto, porque á mi no son capaces de meterme miedo todas las ánimas del otro mundo.

—Debe ser el albeitar—dijo entonces Ramales—y sino oiga V. cómo se queja.

Ya se habían aproximado los fugitivos y todos convinieron en que el que l'oriqueaba era el albeitar. Se acercaron más y rodearon á los Reyes. Estos se descubrieron y la risa fué general.

—¡Lo que me habeis hecho reir— dijo el Alcalde— ¡qué buen humor teneis. ¿Y á ti, Dimas, te ha hecho daño este animal?

—No, hombre; chillaba para evitar que me le hiciera.

— Señores—añadió el tío Perico— aquí no ha pasado nada. Ahora va de veras; ¡á esperar á los Reyes!

—¡Andando!—dijeron todos.

Y aquella masa rústica siguió el camino emprendido, que no era otro que el de Oriente, según afirmación del Secretario, y solo porque estaba enfrente de la taberna del lugar.

ELADIO GIRALDA

CUENTOS VIEJOS

ABBITRATUS

De cura en Villarillo estaba un tal D. Cándido Bonillo; muy cándido, muy bueno, muy honrado, y diz que con ribetes de ilustrado, pero, que el pobre de hambre se moría por lo poco que el pueblo producía.

Sus manteos raídos y ornados con millares de zurcidos, su tétrica mirada, sus miembros secos y su faz rugada, demostraban palmaria y claramente que el pobre lo pasaba malamente.

Había ido vendiendo para poder vivir, aún mal comiendo, cuanto en su casa había, menos un San Antonio que tenía; pues figuróse el cura que aquella tan magnífica escultura el misterio encerraba de la vida tranquila que esperaba

Pero, pasaba el tiempo; y contemplando que su miseria se iba acrecentando, por estar los sermones y novenas siempre en razón inversa de sus penas, de garras de la muerte por librarse determinó al Obispo presentarse.

Consiguiólo por fin; roto y mugroso penetró en el alcázar suntuoso dó el Obispo vivía, quien, con cierta ironía al verle en tan extraña catadura, le dijo: ¿qué hay *de bueno*, padre cura?

Refirióle el buen *pater*, sin alientos, la historia de sus muchos sufrimientos, y cuán mal lo pasaba, en aquel lugarejo donde estaba.

El Obispo, que oyóle atentamente, le dijo secamente:

si vis esse beatus

varios remedios tienes *arbitratus*.

Tristón y macilento volvió á su pueblo el cura de mi cuento, al ver que Su Ilustrísima le diera consejos solo, cuando pan quisiera; y consejos que el cura no entendía, pues á cada momomento se decía: claro está lo de *vis esse beatus* pero... vamos, no entiendo el *arbitratus*.

Insufrible, penosa y aburrida resultaba la vida que el *pater* arrastraba; mas, un día que estaba mirando al San Antonio atentamente, comenzó de repente á dar saltos, henchido de alegría, y, loco de placer, así decía: ¡Oh, singular idea! ¡Oh, gran veintura

¡Ya se acabó el dolor para este cura!

.....Poco tiempo pasado despues de lo que ya dejo narrado, un labrador sencillo del modesto lugar de Villarillo, cavando en un barbecho situado del pueblo á poco trecho, hallóse, entre la tierra que sacaba, un San Antonio que flamante estaba.

Tan extraño suces hizo perder el seso á la gente sencilla de aquella humilde y pobretona villa: y aunque hubo algún hereje (ó avisado) que dijo haber notado que era aquel San Antonio y el del cura una misma escultura, los demás, que en extremo eran creyentes, fuéronse á ver al cura, diligentes, para que les dijera lo que hacer con el Santo conviniera.

«Mirad, hermanos, (dijo el cura frotándose las manos): esa imagen que hallasteis, por fortuna, quiere, sin duda alguna, vuestro patrono ser, y, por lo tanto, una iglesia es preciso hacer al Santo; y si os hallais dispuestos, cual parece, á dar al Santo el culto que merece, tendreis, pues Dios lo quiso, á vuestra muerte abierto el Paraíso.

.....Un año transcurrido había, desde el milagro sucedido, cuando el Obispo, que iba visitando sus pueblos y á los fieles confirmando, llegóse á Villarillo, y cosa es clara que en casa de Bonillo se hospedara.

Quedóse Su Ilustrísima aturdido al ver al cura gordo y bien vestido, y al mirar, igualmente, la casa puesta tan lujosamente. . . .

Queriendo, pues, saber bien por lo claro el misterio de aquel cambio tan raro, dijole al padre cura: no me esplico cómo te has hecho rico en poco más de un año que hace fuiste á mi palacio, flaco, sucio y triste!

Con la sonrisa de hombre satisfecho comenzó á referir lo del barbecho, y terminó diciendo: soy *beatus*, porque encontré, por fin, el *arbitratus*.

* * *

Conque, lector, si quieres ser dichoso, aprende, antes que nada, á ser mañoso.

MARIANO CONDE

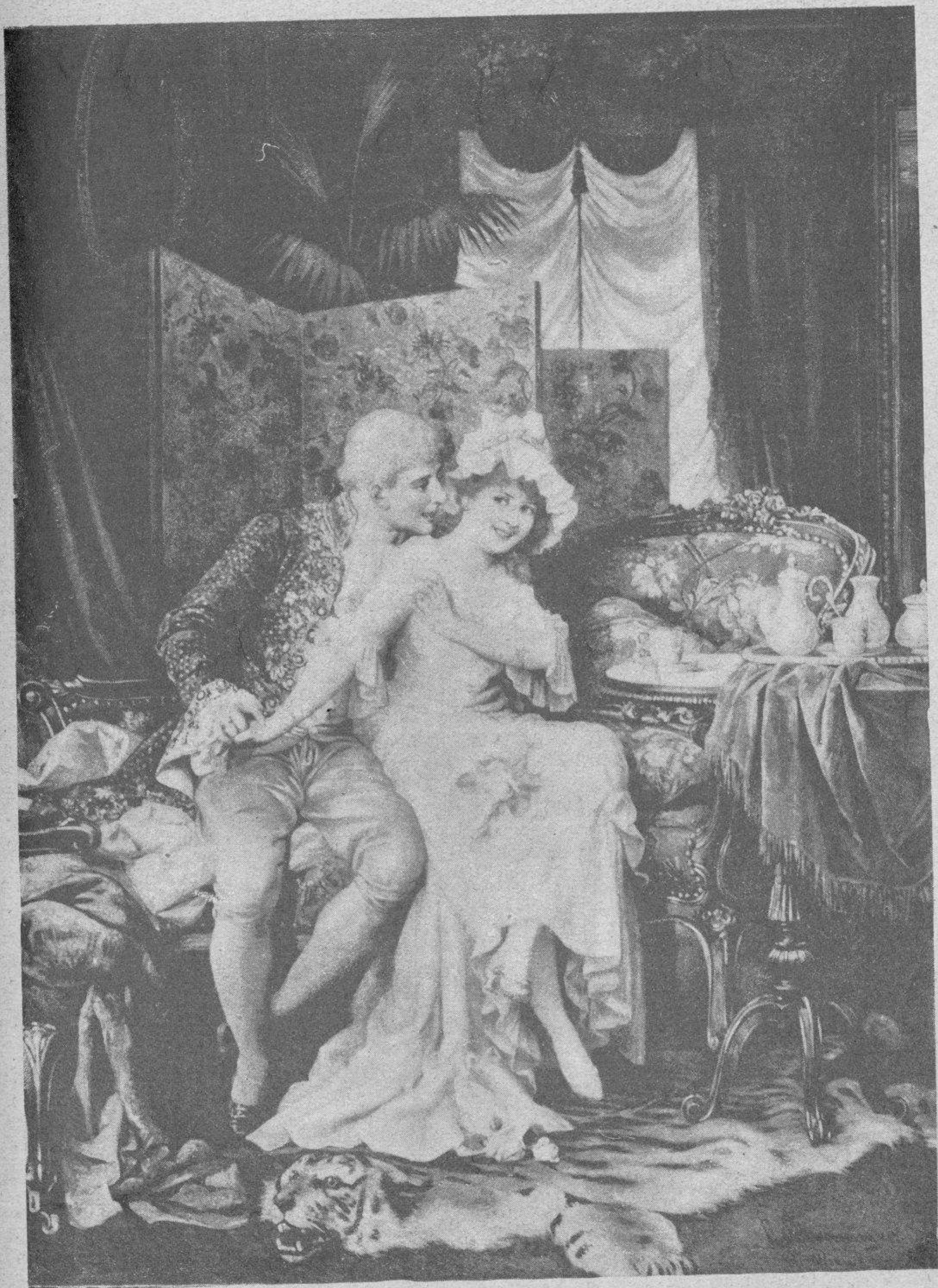
BELLAS ARTES



Cuadro de H. Merle.

El camino recto.

BELLAS ARTES



Cuadro de C. Schweninger.

Seducción.

MELITA

I

—Papá mañana es el día de Reyes ¿pondré el zapatito en el balcón?

—Si hija mía, porque esos señores traen siempre regalos para las niñas que son buenas...

—Como yo ¿verdad?—interrumpió Melita con su voz argentina y haciendo un movimiento de cabeza lleno de gracia infantil.

—¿Te acuerdas papaito—prosiguió—de los regalos del año pasado?

—Ya lo creo; pero ¿á que ya los has roto?

—Unos sí: como el piano, los cuernos de la cabrita blanca, un brazo del polichinela, y el cañón de la linterna; pero en cambio conservo la muñeca, todos sus trajes con cuatro sombreros y hasta los pares de guantes... Y dime ¿Traerán los Reyes dulces?

—Con seguridad... ¿quién lo duda?

—De modo que saben, donde se venden bombones y pastillas, y mazapán.

—Sí... sí, de todo. Anda prepárate para cuando pasen.

Y dando un beso en la pura frente de su hija la dejó saltando de placer, al pensar en los tres Magos.

II

Las ilusiones de Melita, no quedaron defraudadas. Los Reyes estuvieron verdaderamente espléndidos, y como no cabían en el zapatito, los numerosos regalos, llenaron casi todo el piso del balcón.

Aquello era un Bazar, una Confitería. La niña se cansaba de ver tantas y tantas cosas, queriendo á un mismo tiempo probar las golosinas, y descubrir el mecanismo de algunos juguetes.

Entre ellos vió Melita una carta, quedando sorprendida. Como no sabía aún leer, no pudo descifrar el sobre, pero sintiendo ya los albores de la femenina curiosidad, y creyendo que su padre la sacaría de la duda, corrió á despertarlo, pues la niña pensaba por otro lado, que era hora de que se levantase para admirar los regalos de los Reyes.

—¡Mira!... ¡Mira papá!... ¡Cuánto juguete!... y también este papel—decía la niña loca de alegría, entrando en la alcoba de su padre.

Este miró el sobre, y una súbita palidez inundó su cara.

—¿Y dices querida mía que esa carta vino con los juguetes?

—Sí... sí, señor... ¿Me dirán algo los reyes?... ¡Qué lástima no conocer las letras!... Bueno, pero tú les contestarás por mí, pues de seguro que al escribirme saben como me llamo.

El padre no respondía á esta charla. Mudo y reflexivo no dejaba de mirar la carta, temiendo abrirla, por conocer la procedencia. Melita por fin, cargó con todos sus juguetes, para llevarlos al cuarto de recreo, abandonando la alcoba, de una carrera.

Entonces ya solo rompió el sobre, leyendo con intensa emoción... «Esposo inolvidable; aprovecho la inocencia de nuestra amada hija, al poner el zapatito en el balcón, para escribirte, recogiendo así mañana esta carta, mezclada con los juguetes que tú la regalas.»

«¡Perdona semejante mezcla de candor y de culpa!... De otro modo, no leerías mi sincero arrepentimiento, mas llevado por Melita, por ese ángel, puedo esperar que por lo menos comprendas mis agudas penas. Estas van mi-nando poco á poco, mi existencia. Los falsos sueños que me sedujeron desaparecen por mágico encanto; queda sólo, la fría realidad, el abandono, y el desprecio, y del mismo modo que el débil arbolillo despedazado por la tempestad no reanima su frente mutilada á pesar del soplo vivificante de la primavera, así mi alma postrada y sin alientos, sólo aspira á tu perdón, á tu indulgencia, á tu misericordia.»

«Al huir de nuestro hogar, el día nefasto de mi impureza, abandoné las playas tranquilas del honor por el mar proceloso del pecado, y por ese océano que se tragó la esposa viva te devuelve su cadáver, flotando sobre sus ondas... ¡Recógelo!... ¡Es un querubín quien te lleva el anuncio!... ¡Es el fruto de nuestro amor, quien inconscientemente pone en tus manos la salvación de una infeliz madre!»

«No me condenes á morir, sin probar los besos, de la que llevé en mis entrañas. Piensa que en el otro mundo no hay madres ni hijos; que allá no existen, esos goces inexplicables de la maternidad, cuando estrecha con delirio los frutos del amor, y no seas tan cruel, que me prives de esos sublimes instantes... Tú cuando lloras, encuentras dos manitas blancas y suaves para recoger las lágrimas, yo no tengo á nadie, por eso quizás no las vierten mis ojos secos ya de tanto sufrimiento.»

«¡Perdóname por Melita!... ¡Esposo de mi alma!... ¡Ay!... ¡no... no puedo más!...»

Aquella parte del papel estaba húmedo. La firma era ilegible; dijérase que la mujer culpable, había perdido hasta su nombre de pila.

III

—¡Qué bien!... ¿Los Reyes conocen á mi madre?... ¿Y dicen en ese papel que viene en seguida?

—Sí, hija mía: y añaden que te quiere muchísimo, y que te dará tantos besos como yo.

—¿Y también será muy buena?

El padre no respondió abrazando con delirio á su hija, y ésta como si su corazón la gritase, lo que son las maternales caricias, dijo con voz emocionada.

—¡Reyes Magos!... ¡Traed pronto á mi madre!

CONTRASTE

I

— ¡Así, hijos míos, duro con ellos, que si rompéis los tambores, la criada saldrá por otros! ¡Viva la alegría!

Y los pequeñuelos, alentados por esta arenga, atizaban cada vez más fuerte, hasta el punto de que era imposible estar al lado de ellos, si no quería uno perder el juicio.

¡A la mesa, á la mesa! — gritaba el padre con toda la fuerza de sus pulmones:— ¡A cenar, después á la misa del gallo y luego á tocar y á cantar, que esta noche como dice la copla, no es noche de dormir!...

¡Qué alegría reinaba en aquella casa!.. Cuánto disfrutaban aquellos padres, al ver cómo se divertían sus hijos!..

¡Ea! — repetía el padre. — Ya está aquí el arroz!... Y qué bien huele!.. Cada uno á su sitio!.. ¡A comer y á beber, pero mucho cuidadito, porque el que se emborrache no viene á la misa!...

II

— ¿Doctor, pero no se salvará mi hijo?...

— ¡Pehs!... La difteria, cuando llega á este periodo, es casi incurable... A pesar de esto, si el niño vomita, con esa medicina que le he recetado, se salva; le aseguro que se salva, si no.. el desenlace es funesto.. ¡Adios!

— ¡Vaya V. con Dios, doctor, que pase la noche alegremente...

¡Ay, cuántas penas pasa una!... Otra receta... y sin un céntimo!... Para pagar esta tendré que empeñar la manta, que abriga á mi pobre hijo!... No tengo más prendas que llevar!... ¡Pobrecito!... Yo te arro-

paré con mi falda, para que no tengas frío!... Tu salvación es antes que todo!...

III

— An la, hijo mío, toma esta cucharada y verás como te pones bueno!.. ¡Toda, toda!.. Así!.. Ahora un besito y á ver si sudas... ¡Virgen María, que se salve mi hijo!..

IV

¡Qué!... ¿Qué dices?... ¡Que quieres vomitar!... Gracias, Virgen Sanísima, escuchaste mis ruegos... Me lo has salvado!...

¡Ay, qué manera de arrojar!... Así, así hijo mío, todo cuanto puedas...

¡Yo no canto, aquí no se oye el tambor, ni siquiera ceno... y sin embargo soy más feliz que todos los vecinos que tanto rien y cantan... ¡Se ha salvado mi hijo!...

V

¡Eduardito!... Hijo mío!.. ¡Qué te pasa!... Virgen Santa qué color se le ha puesto!... Ay!... Los ojos se le empañan!... Se ahoga!... No se le siente el corazón!... Se pone rígido!... ¡Eduardo!... ¡Eduardito!... ¡Hijo!... ¡Escúchame!... ¡Mira!... ¡Pobrecito!... Ha muerto!... ¡Ay Dios del alma cómo te cebas en mí!... Hace un mes te llevaste al padre.. hoy al hijo!... Y eso que decía el médico que si vomitaba, la salvación era segura!... ¡Qué desesperación!... ¡Por qué no he de morirme yo también!... ¡Y cómo cantan los vecinos!... Mientras ellos celebran alegremente el nacimiento del Hijo de Dios en sus elegantes comedores, yo en esta guardilla oscura y sucia, lloro la muerte del mío... ¡Qué contraste!

CARLOS CROUSELLES.

SE HALLA DE VENTA EL PRIMER NÚMERO

DE

EL TEATRO UNIVERSAL

Consta de **ocho grandes páginas** de texto, hermosas ilustraciones y **diez y seis** páginas de folletín como **REGALO**, principio de la famosa obra del inmortal Calderón de la Barca, LA VIDA ES SUEÑO.

Se publica todos los **viernes**, y su precio es de

15 céntimos en toda España

Los pedidos á **D. Pedro Motilba**, Rambla del Centro, kiosco núm. 3. — **Barcelona**

SE HALLA DE VENTA EL DÉCIMOQUINTO CUADERNO

DE

LA GUERRA DE CUBA

POR

V. Suárez Casañ

BASES DE SUSCRICIÓN

Serie de 10 cuadernos . . . 1'50 ptas. ✂ Serie de 20 cuadernos . . . 3 ptas.

A todo pedido ha de acompañar su importe, sin cuyo requisito no se servirá ninguna suscripción

Todos los pedidos á **D. Pedro Motilba**, Rambla del Centro, kiosco número 3. — **BARCELONA**

Imp. de Redondo y Xumetra, Tallers, 70.

TIPOS DE BELLEZA



Cingara.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO-ARTÍSTICO

Director:

V. SUAREZ CASAÑ

TODA LA CORRESPONDENCIA

A D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3. Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Semestre.	5 Ptas.
Un año.	8 ,
Extranjero y Ultramar.	15 ,

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.
—Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—
Pago adelantado.

CORRESPONSAL EN BARCELONA
PARA LA VENTA

de

periódicos de Madrid y provincias

D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3.

◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *El Liberal* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆
 ◆ ◆ *La Correspondencia de España* ◆ ◆
 ◆ ◆ ◆ *El Herald* ◆ ◆ *El Globo* ◆ ◆ ◆
 ◆ *El País* ◆ *El Enano* ◆ *La Granvia* ◆
El Pelotari ◆ ◆ ◆ *La Bandera Federal*
 ◆ ◆ ◆ ◆ *El Nuevo Mundo* ◆ ◆ ◆ ◆
 ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *La Lidia* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆

Corresponsal exclusivo en Madrid para la venta de LA SAETA, D. Antonio Fernandez, Mayor, 2 y 4